

**Universidad Autónoma de Entre Ríos**  
**Facultad de Humanidades, Artes y Ciencias Sociales**  
Licenciatura en Psicología

*Un estudio comparativo del concepto del Yo en la  
obra de Sigmund Freud y Jacques Lacan.*

Autor: Lautaro Carrera

Directora: Lic. Lucina Palleiro

Paraná, 20 de agosto de 2020



Este obra está bajo una licencia de Creative Commons  
Reconocimiento-NoComercial-Compartirigual 4.0 Internacional

**RIDA** *Repositorio Institucional  
Digital Abierto*



**FHAYCS**  
Facultad de Humanidades,  
Artes y Ciencias Sociales

# **UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE ENTRE RÍOS**

**FACULTAD DE HUMANIDADES, ARTES Y CIENCIAS SOCIALES**

**Título:**

“UN ESTUDIO COMPARATIVO DEL CONCEPTO DE YO EN LA  
OBRA DE SIGMUND FREUD Y JACQUES LACAN”

**Autor:**

CARRERA, LAUTARO.

**DNI:**

37.333.365

**Directora:**

PALLEIRO, LUCINA

**Modalidad elegida**

Estudio bibliográfico.

**Datos de contacto**

**Correo electrónico:**

[lautaro\\_carrera18@hotmail.com](mailto:lautaro_carrera18@hotmail.com)

**Teléfono:**

3424460616

**Lugar y fecha**

Santa Fe de la Veracruz

20/8/2020

*Agradecimientos*

A la gloriosa universidad pública.

A mis padres,

a mi amor, a mi hermano,

a mis amigos y a mis maestros

que me han cuidado.

## **Índice de contenido**

<b>Resumen</b>	<b>4</b>
<b>Título</b>	<b>5</b>
<b>Identificación, descripción y justificación de la problemática</b>	<b>5</b>
<b>Interrogantes</b>	<b>7</b>
<b>Objetivos</b>	<b>7</b>
<b>Supuestos o hipótesis</b>	<b>8</b>
<b>Estado de debate</b>	<b>9</b>
<b>Fundamento de la perspectiva teórica.</b>	<b>10</b>
<b>Diseño metodológico</b>	<b>15</b>
<b>Introducción a la problemática del yo en la teoría de Sigmund Freud</b>	<b>17</b>
<b>El yo como función psíquica</b>	<b>21</b>
<b>El yo como objeto sexual</b>	<b>27</b>
<b>El yo como epifenómeno.</b>	<b>31</b>
<b>Conclusiones parciales sobre el recorrido por Freud</b>	<b>33</b>
<b>Introducción del yo en Lacan.</b>	<b>34</b>
<b>El origen especular del yo</b>	<b>37</b>
<b>El yo (je) como función de desconocimiento.</b>	<b>41</b>
<b>Conclusiones</b>	<b>47</b>
<b>Bibliografía</b>	<b>50</b>

## **Resumen**

El objeto de este trabajo integrador final es el concepto de yo en la obra de Sigmund Freud y Jacques Lacan y la dilucidación de la relación entre ellos, a partir del reconocimiento de la “ambigüedad” que Lacan señala que existe en la obra de Freud. A través de un análisis bibliográfico, se recuperan las diversas dimensiones que componen, en ambas obras, el concepto del yo y se intenta derivar de ello una comparación posible. La hipótesis inicial propone que la relación entre el yo de Freud y el yo de Lacan es de diferencia y/o oposición. Se singularizan, en la obra de Freud, al yo como función psíquica y como objeto sexual y se propone, como reflexión, considerar al yo, en la teoría de Freud, como un epifenómeno que acompaña pero no modifica la misión del aparato psíquico que es la descarga de la energía y el cese de la actividad psíquica. En la obra de Lacan, se singularizan el yo como resultado de la experiencia del estadio del espejo, es decir, como ilusión especular y al yo como función de desconocimiento. Además, se recuperan afirmaciones como “yo es otro” y el yo como “la enfermedad mental del hombre” de manera tal de intentar aproximarnos a la contextualización y significado de tales afirmaciones y su relación con la diferencia que propone Lacan entre yo (moi) y yo (je). El resultado confirma parcialmente dicha hipótesis ya que se sitúan, en Lacan, dimensiones novedosas del concepto respecto de la propuesta de Freud pero, también, se advierte una tendencia de Lacan a atribuir a Freud la verdadera autoría de dichas conceptualizaciones. Por último, se advierte la imposibilidad de ahondar suficientemente en la complejidad de la problemática propuesta por exceder los límites del formato y recorte bibliográfico y se invita, mediante interrogantes abiertos, a la comunidad a continuar la búsqueda de explicaciones cada vez más abarcativas.

## **Introducción**

### **Modalidad elegida**

La modalidad elegida para este Trabajo Integrador Final será la de estudio bibliográfico definido, según la resolución 0663/2019 del Consejo Directivo de la Universidad Autónoma de Entre Ríos, que establece el “Reglamento del Trabajo Integrador Final (TIF) para la Licenciatura en Psicología” como: “la revisión del material bibliográfico existente respecto al tema/problema de interés”, siendo el problema de interés, específicamente para este caso, “las perspectivas teóricas en las que se inscribe un tema y/o problema” (p. 5)

### **Título**

Un estudio comparativo del Yo en la obra de Sigmund Freud y Jacques Lacan.

### **Identificación, descripción y justificación de la problemática**

El objetivo de esta investigación es realizar un estudio comparativo del concepto de Yo en la obra de Sigmund Freud y de Jacques Lacan. Me parece relevante porque Lacan, en “El Seminario, Libro 1. Los escritos técnicos de Freud” (1953-1954), sostiene que hay, en Freud, “ambigüedad presente por doquier en su obra” (p. 13). La interrogación por el yo o el ego aparece muy tempranamente. Dice:

El ego es, por un lado, un huevo vacío diferenciado en su superficie por el contacto con el mundo de la percepción, pero es también cada vez que nos topamos con él, quien dice «no» o yo (moi), yo (je), quien habla a los otros, quien se expresa en diferentes registros (p. 14).

La interrogación que motiva esta investigación es, entonces, ¿Qué es el yo? y ¿Qué relación puede establecerse entre el yo en Freud y el yo en Lacan reconociendo que, allí, este último diagnostica que hay ambigüedades? ¿Hemos de optar por alguna? ¿Qué nos sugiere Lacan?

A lo largo del trabajo me propongo desarrollar, en la obra freudiana, las diversas teorizaciones sobre el yo, las cuales son: en el “Proyecto de Psicología” (1950 [1895]) el Yo “como una red de neuronas investidas, bien facilitadas entre sí” (p. 369), en “Introducción del Narcisismo” (1914) el Yo como objeto de “una originaria investidura libidinal” (p.73), en “El Yo y el Ello” (1924) el Yo como “organización coherente de los procesos anímicos en una persona” (p. 18), yo del cual “depende la conciencia; él gobierna los accesos a la motilidad, vale decir; a la descarga de las excitaciones en el mundo exterior; es aquella instancia anímica que ejerce un control sobre todos sus procesos parciales” (p. 18), y del cual “parten también las represiones, a raíz de las cuales ciertas aspiraciones anímicas deben excluirse no sólo de la conciencia, sino de las otras modalidades de vigencia y de quehacer” (p. 19), lo cual obliga a Freud a sustituir la oposición inconsciente-consciente por “la oposición entre el yo

coherente y lo reprimido escindido de él” (p. 19), llevándolo a concluir que: “Un individuo [Individuum] es ahora para nosotros un ello psíquico, no conocido (no discernido) e inconsciente, sobre el cual, como una superficie, se asienta el yo, desarrollado desde el sistema P como si fuera su núcleo” (p. 26), un yo que: “lleva un «casquete auditivo» y, según el testimonio de la anatomía del cerebro, lo lleva sólo de un lado” (p. 26) y que:

Es la parte del ello alterada por la influencia directa del mundo exterior, con mediación de P-Cc [Percepción-conciencia]: por así decir, es una continuación de la diferenciación de superficies. Además, se empeña en hacer valer sobre el ello el influjo del mundo exterior, así como sus propósitos propios; se afana por reemplazar el principio de placer, que rige irrestrictamente en el ello, por el principio de realidad. Para el yo, la percepción cumple el papel que en el ello corresponde a la pulsión. El yo es el representante [repräsentieren] de lo que puede llamarse razón y prudencia, por oposición al ello, que contiene las pasiones (p. 27)

Como última dimensión del yo a destacar, ya no en lo tocante su función, sino a su materialidad, dirá: “El yo es sobre todo una esencia-cuerpo; no es sólo una esencia-superficie, sino, él mismo, la proyección de una superficie” (p. 27), “el yo-conciente (...) es sobre todo un yo-cuerpo” (p. 29).

Luego de desplegar conceptualmente el yo de Freud, se buscará establecer una comparación con el mismo concepto en Lacan y se intentará deducir la naturaleza de su relación: ¿Es de continuidad?, ¿Es de oposición?, ¿Se conservan algunas dimensiones?, ¿Cuáles y por qué?, ¿Se abandonan otras?, ¿Cuáles y por qué? Teniendo en cuenta que Lacan, en el mismo Seminario ya citado, “Los escritos técnicos de Freud” (1953-1954). dice que:

El id no es reducible a un puro dato objetivo, a las pulsiones del sujeto. Nunca un análisis culminó en la determinación de tal o cual índice de agresividad o erotismo. El punto al cual conduce el progreso del análisis, el punto extremo de la dialéctica del reconocimiento existencial, es: Tú eres esto. Este ideal, de hecho, nunca es alcanzado. El ideal del análisis no es el completo dominio de sí, la ausencia de pasión. Es hacer al sujeto capaz de sostener el diálogo analítico (p. 14).

Destaco estos pasajes del seminario “Los escritos técnicos de Freud” porque Lacan introduce el problema de la ambigüedad conceptual de Freud al inicio mismo de su enseñanza y porque me parece fundamental interrogar qué dirección de la cura devendría de optar por una dimensión de la conceptualización de yo y no optar por otra si llegásemos a descubrir que, de hecho, son distintas y/o contradictorias, interrogando cuál es el argumento epistémico que sustenta que realicemos dicha elección.

Es necesario tener en cuenta que, según Freud puntualiza en la Conferencia N° 31 de sus “Nuevas conferencias de introducción al psicoanálisis” (1933 [1932]), la clínica psicoanalítica tiene como objetivo: “fortalecer al yo, hacerlo más independiente del superyó, ensanchar su campo de percepción y ampliar su organización de manera que pueda apropiarse de nuevos fragmentos del ello. Donde Ello era, Yo debo devenir” (p. 74). Más adelante, en “Análisis terminable e interminable” (1937) Freud dirá que un análisis debe terminar cuando se cumplen dos condiciones:

Que el paciente ya no padezca a causa de sus síntomas y haya superado sus angustias así como sus inhibiciones, y la segunda, que el analista juzgue haber hecho conciente en el enfermo tanto de lo reprimido, esclarecido tanto de lo incomprensible, eliminado tanto de la resistencia interior, que ya no quepa temer que se repitan los procesos patológicos en cuestión (p. 222).

Más adelante, agregará que la etiología de las neurosis:

Es mixta; o se trata de pulsiones hiperintensas, esto es, refractarias a su domeñamiento [cf, pág. 227 y K. 8] por el yo, o del efecto de unos traumas tempranos, prematuros, de los que un yo inmaduro no pudo enseñorearse (p. 223).

En ambos casos Freud postula que el éxito terapéutico consiste en que el yo domine y lleve a su correcta descarga la excitación energética causada por las pulsiones o por los traumas prematuros, coherente con el “ensanchamiento” del yo. Por último, afirma: Sólo en el caso con predominio traumático conseguirá el análisis aquello de que es magistralmente capaz: merced al fortalecimiento del yo, sustituir la decisión deficiente que viene de la edad temprana por una tramitación correcta. Sólo en un caso así se puede hablar de un análisis terminado definitivamente” (p. 223).

Recordando que Lacan plantea, en “Los escritos técnicos de Freud” (1953-1954) que “el ideal del análisis no es el completo dominio de sí, la ausencia de pasión” (p. 14) queda, a mi criterio, demostrada la necesidad de indagar más profundamente sobre la naturaleza de la relación entre los conceptos de yo en Sigmund Freud y en Jacques Lacan, ya que las direcciones de la cura que de ellos derivan, a primera vista, serían diferentes.

Acorde a los pasajes ya citados anteriormente puede suponerse que el Yo, para Freud, cumple la función del sostenimiento de una homeostasis a través del dominio de la energía producida por la excitación proveniente de las fuentes pulsionales, los traumas prematuros y el mundo exterior o realidad. En “Introducción al Narcisismo” (1914) planteará que, además, habría una: “originaria investidura libidinal del yo, cedida después a los objetos; empero, considerada en su fondo, ella persiste, y es a las investiduras de objeto como el cuerpo de una ameba a los seudópodos que emite” (p. 73).

A este respecto, Jacques Lacan dice, en su “El Seminario. Libro I: “Los escritos técnicos de Freud” (1953-1954) que:

Hay quienes efectivamente consideran el análisis como una especie de descarga homeopática, por parte del sujeto, de su aprehensión fantasmática del mundo. Según ellos, en el interior de la experiencia actual que transcurre en el consultorio, esta aprehensión fantasmática debe (...) equilibrarse en cierta relación con lo real. El acento está puesto allí, pueden verlo claramente en otros autores que Freud (p. 29).

Posteriormente, aclara sobre quién está hablando y dice: “pueden formularse las cosas de modo más amplio, con suficientes matices como para dar cabida a la pluralidad expresiva, como lo hace una persona que ya nombré aquí, y que escribió sobre técnica” (p. 30)

Es decir, Freud. Más adelante, Lacan sostiene:

Durante toda su vida Freud continuó por las vías que había abierto en el curso de esta experiencia, alcanzando finalmente algo que se podría llamar una tierra prometida. Pero no puede afirmarse que haya penetrado en ella. Basta leer lo que se puede considerar su testamento, "Análisis terminable e interminable", para ver que, si de algo tenía conciencia, era, justamente, de no haber penetrado en la tierra prometida" (p. 31) Según entiendo, implica que las condiciones para la finalización de un análisis estipuladas por Freud (un yo que pueda dominar al ello, al superyó, a la realidad, a la energía proveniente de los traumas prematuros) son, según Lacan, inalcanzables, una tierra prometida.

Posicionándose críticamente respecto a las afirmaciones que ubican al yo como aquello que hay que fortalecer en la clínica psicoanalítica, Lacan dirá:

Suele escribirse que sólo conocemos el ego. Anna Freud, Fenichel, casi todos los que han escrito sobre análisis a partir de 1920, repiten: No nos dirigimos sino al yo, no tenemos comunicación sino con el yo y todo debe pasar por el yo. Por el contrario, desde otro ángulo, todo el progreso de esta psicología del yo puede resumirse en los siguientes términos: el yo está estructurado exactamente como un síntoma. No es más que privilegiado en el interior del sujeto. Es el síntoma humano por excelencia, la enfermedad mental del hombre (p. 73).

Puede deducirse que, según el argumento de Lacan, fortalecer al yo sería equivalente a fortalecer un síntoma, a fortalecer la enfermedad mental del hombre. Pero, de nuevo, recordemos que es Freud quien plantea en la Conferencia N°31 de las "Nuevas conferencias de introducción al psicoanálisis" (1933[1932]), en "El yo y el ello" (1923) y en "Análisis terminable e interminable" (1937) que hay que ensanchar, ampliar el dominio y fortalecer al yo, lo que nos permitiría suponer que la crítica que aquí hace Lacan es extensiva a Freud mismo.

Por lo expuesto es que sostendré como hipótesis que la relación entre la obra de Freud y la obra de Lacan no es de continuidad y por ello me parece necesario profundizar e intentar establecer efectivamente qué conceptualizó uno y otro, de manera tal de deducir cuáles serían las implicancias para la orientación de la cura psicoanalítica de tales diferencias.

## **Interrogantes**

¿Cuál es el concepto de Yo en la obra de Sigmund Freud y qué relación tiene con el concepto de Yo en la obra de Lacan?

## **Objetivos**

### **General**

- Dilucidar la relación del concepto de Yo entre la obra de Sigmund Freud y la de Jacques Lacan.

### **Específicos**

- Describir el concepto de Yo en la obra de Sigmund Freud.

- Describir el concepto de Yo en la obra de Jacques Lacan.

### **Supuestos o hipótesis**

Como hipótesis sostendré que la conceptualización Yo en la obra de Jacques Lacan, respecto de la de Sigmund Freud, es de diferencia y/o oposición.

### **Estado de debate**

El interés por este tema surge de dos acontecimientos.

El primer acontecimiento fue mi lectura de los primeros seminarios de Jacques Lacan donde encontré afirmaciones, a mi criterio, abiertamente críticas de algunas conceptualizaciones de Sigmund Freud (no sólo de sus continuadores, los posfreudianos), críticas de las cuales yo no tenía conocimiento habiendo atravesado la totalidad de las asignaturas de la carrera de Psicología.

El segundo acontecimiento fue mi encuentro con la obra de Alfredo Eidelsztein y quienes participan de su grupo “Apertura para Otro Lacan”. En su “Programa de Investigación en Psicoanálisis” (2015), plantean: “Consideramos que la teoría psicoanalítica propuesta por Jacques Lacan es diferente, y en ocasiones de sentido opuesto, de la legada por Sigmund Freud, y consecuentemente intentamos preservar lo polémico, novedoso y/o subversivo de la enseñanza de Lacan” (p. 1). Además, plantean que: “Las teorías de Freud y de Lacan son diferenciables y las direcciones de la cura que se desprenden de ellas también”, para el primero: “se trata de un rodeo de la satisfacción pulsional respecto de la realidad” y para el segundo: “se trata de un acto creador y realizador del sujeto” (p. 8). Existen, naturalmente, quienes sostienen la postura contraria que consiste en suponer que la propuesta teórica de Lacan puede ser encontrada, al menos “entre líneas”, ya en la teoría de Freud. Adriane de Freitas Barroso, en la revista “Alternativas en Psicología” (2012) afirma que el concepto “sujeto”, central en la obra de Lacan: “es su aporte para el avance del psicoanálisis y reside en las entrelíneas de textos freudianos desde sus inicios” (p. 116). Hay, de hecho, quienes abogan por una tercera posición. Fátima Feijó, en su tesis de grado titulada: “La estructura del inconsciente: diferencias y similitudes entre Freud y Lacan” (2019), luego de analizar diversas dimensiones de ambas teorías, se detiene en el papel que tanto Freud como Lacan le asignan al lenguaje en el análisis y dice: “Es posible ver (como en los casos anteriores) como Freud, sin saberlo, incorporaba la noción de lenguaje al análisis del chiste” porque aunque los usos que el aparato psíquico le da a las palabras a la hora de producir una formación del inconsciente fue analizado por Freud, quien hizo especial énfasis en el lenguaje es Lacan. Por ello, la autora concluye: “son notorias también las nuevas concepciones que agrega Lacan, confirmando una vez más, que si bien ambos autores tienen puntos en común, también tienen puntos de desencuentro notorios” (p. 43). Alfredo Eidelsztein, en su conferencia titulada: “Otro Lacan. Mitos y Lecturas” (s. f) nos propone realizar un

trabajo de comparación del yo, el narcisismo y el amor en las teorías de Freud y de Lacan. Dice que, en Freud: “para yo obtener la satisfacción de las pulsiones que porto, requiero -a veces- pasar por el cuerpo de otro, pero lo amaré solamente como recurso para seguir en la lógica de encontrar yo mi propia satisfacción” (p. 6) mientras que: “En Lacan es absoluta y justamente todo lo contrario: el yo se constituye a partir de la imagen del semejante, sin la cual no habría posibilidad alguna de constitución del yo” y concluye: “mientras que en Freud “el otro siempre soy yo”, en Lacan se trata de que “yo es otro” (p. 7). ¿Qué es lo polémico, novedoso y/o subversivo de la obra de Lacan?. La elección del concepto de Yo se debe a que, precisamente, es el primer concepto que Lacan revisa de la obra de Freud en las primeras páginas ya citadas de su “El Seminario, libro 1: Los escritos técnicos de Freud”, revisión que vendrá seguida de una propuesta teórica que intentaré averiguar si continúa, y cómo continúa, en su “El Seminario, libro 2: El yo en la teoría de Freud y en la técnica psicoanalítica” (1954-55). En definitiva, intentaré situar este trabajo en el recorrido que el propio Lacan hiciera al inicio de su enseñanza, intentando dilucidar cuál es la posición que él propone asumir respecto a la obra de Freud, al menos en lo que al Yo respecta. Por ello, en conclusión, me propongo recuperar el estado de debate propuesto por Lacan mismo en sus dos primeros seminarios.

### **Fundamento de la perspectiva teórica.**

El objetivo de este apartado es comenzar a esbozar una introducción a las conceptualizaciones generales sobre del yo, teniendo en cuenta que luego se procederá a un análisis exhaustivo de los textos, buscando establecer la relación entre ambas obras.

Según el “Diccionario de Psicoanálisis” (1996) de Laplanche y Pontalis, en la obra de Sigmund Freud, “Yo” es: “Instancia que Freud distingue del ello y del superyó en su segunda teoría del aparato psíquico” (p. 456). Atendiendo a que todo concepto en la obra de Freud puede ser leído en sus tres dimensiones tópica, económica y dinámica, los autores sostendrán que, tópicamente: “el yo se encuentra en una relación de dependencia, tanto respecto a las reivindicaciones del ello como a los imperativos del superyó y a las exigencias de la realidad. (...) se presenta como mediador” (p. 456), es decir, es la instancia que se ubica entre instancias y que debe responder a las exigencias de todas ellas. Dinámicamente, el yo: “representa eminentemente, en el conflicto neurótico, el polo defensivo de la personalidad; pone en marcha una serie de mecanismos de defensa, motivados por la percepción de un afecto displacentero (señal de angustia)” (p. 457), es decir, el yo es la instancia que defiende al psiquismo de amenazas, que vela por su estabilidad en un juego constante de fuerzas contrapuestas. Por último, económicamente, dirán que: “el yo aparece como un factor de ligazón de los procesos psíquicos; pero, en las operaciones defensivas, las tentativas de ligar la energía pulsional se contaminan de los caracteres que definen el proceso primario: adquieren un matiz compulsivo, repetitivo, arreal” (p. 457), es decir, la función del yo consiste en ligar la energía pulsional a representaciones de manera tal de mantener el equilibrio en el aparato. Cuando ese proceso de ligazón falla o, mejor dicho, deviene sintomática, la legalidad que rige tales ligazones sería la del proceso

primario y ese sería el fundamento económico de la repetición, el anudamiento, la estasis libidinal que no permite la descarga y que caracterizaría, para Freud, el sufrimiento psíquico.

En lo tocante a la génesis del yo, los autores sostendrán que las formulaciones freudianas se establecen y desarrollan: “Dentro de dos registros relativamente heterogéneos, ya sea considerándolo como un aparato adaptativo diferenciado a partir del ello en virtud del contacto con la realidad exterior, ya sea definiéndolo como el resultado de identificaciones que conducen a la formación, dentro de la persona, de un objeto de amor catectizado por el ello (p. 457).

Quedaría por establecer, entonces, por cuál de las dos variantes opta Freud, si es que opta por alguna, o si deja la cuestión abierta. Quedaría delimitar, también, de qué naturaleza es el contacto con el mundo exterior, de manera tal que la consecuencia de dicho contacto sea la formación de un yo, diferenciado del ello, así como también de qué naturaleza es la identificación y cuál sería su objeto, de manera tal que la consecuencia de dicho lazo identificatorio sea la catectización del yo como objeto de amor.

Los autores advierten, en lo tocante a la lectura del yo en el conjunto de la obra de Sigmund Freud, que:

El estudio del conjunto de textos freudianos no permite localizar dos acepciones del yo correspondientes a dos períodos distintos: la noción de yo siempre ha estado presente, aun cuando se haya renovado por aportaciones sucesivas (narcisismo, establecimiento del concepto de identificación, etc.) (p. 458)

Razón por la cual juzgamos necesario, antes del análisis de la naturaleza de la relación del concepto de Yo en las obras de Freud y de Lacan, el establecer dicho concepto y sus modificaciones o, al menos, los usos que se le da en diferentes momentos de la producción de Freud, como momento necesario y previo a todo análisis posible. Los autores, analizando cómo Freud utiliza el concepto de Yo para la dirección de un tratamiento, recordarán el caso de “Lucy R”, y dirán:

Freud no se satisface con la sola explicación según la cual el yo, por carecer del «valor moral» necesario, no quiere saber nada del «conflicto de afectos» que le perturba; la cura sólo progresa en la medida en que se ocupa de esclarecer «símbolos mnémicos» sucesivos, símbolos de escenas en las que aparece un deseo inconsciente bien preciso, en lo que ofrece de inconciliable con la imagen de sí misma que la paciente intenta mantener (p. 460).

Es decir, aquí, el Yo sería el encargado de expulsar fuera de la consciencia de la propia paciente aquellas escenas que refieren a deseos inconciliables y se expulsa, además, el hecho de que allí hubo una defensa, poniendo de relieve la dimensión inconsciente del yo (el proceso defensivo no se emprende por un esfuerzo de voluntad consciente) y dictaminando que el camino de la cura sería, entonces, desandar el camino de las huellas mnémicas que quedan como prueba de que allí, efectivamente, hubo un conflicto y una defensa ante él, aunque el Yo no quiera saber nada de eso por el displacer que dicha escena y el deseo que allí se expresa representan.

La función del yo, según retoman del “Proyecto de psicología para neurólogos”, sería “fundamentalmente inhibidora” (p. 461) Para explicarlo, utilizarán la primera vivencia de satisfacción y dirán:

El yo interviene para impedir que la catexis de la imagen mnémica del primer objeto satisfactorio adquiriera una fuerza tal que desencadene un «indicio de realidad» a igual título que la percepción de un objeto real. Para que el indicio de realidad adquiriera valor de criterio para el sujeto, es decir, para que se evite la alucinación y para evitar que la descarga se produzca tanto en la ausencia como en la presencia del objeto real, es necesario que se inhiba el proceso primario, que consiste en una libre propagación de la excitación hasta la imagen” (p. 461).

Es decir, aquí tenemos un yo que, muy primariamente, a nivel de la primer experiencia de satisfacción que ubicaríamos como un acontecimiento de los más tempranos en la historia del desarrollo psicosexual, tiene los recursos para discriminar fantasía de realidad de manera tal de no permitir que se suscite la misma excitación en presencia de un objeto alucinado y en presencia de un objeto real. Deberá establecerse, en consecuencia, la relación de este postulado con el que luego Freud realizara en relación a Yo-realidad inicial, Yo-placer purificado y Yo-realidad definitiva. Continúan los autores y dicen:

Si bien el yo es lo que permite al sujeto no confundir sus procesos internos con la realidad, no es debido a que posea un acceso privilegiado a lo real, un patrón con el cual compararía las representaciones. Este acceso directo a la realidad Freud lo reserva a un sistema autónomo llamado «sistema percepción» (p. 461).

Lo cual nos obligará, entonces, a establecer las diferencias entre el Yo y el sistema percepción y posteriormente sus relaciones en tanto el primero se sirve del segundo para establecer el criterio de realidad.

Freud, en el “Proyecto de Psicología” (1950 [1895], según los autores, definirá al Yo como: “una organización» de neuronas (o, traducido al lenguaje menos «fisiológico» utilizado por Freud en otros textos, una organización de representaciones)” (p. 461) cuyas características son:

Facilitación de las vías asociativas interiores de este grupo de neuronas, catexis constante por una energía de origen endógeno, es decir, pulsional, distinción entre una parte permanente y una parte variable. La permanencia en él de un nivel de catexis es lo que permite al yo inhibir los procesos primarios, no sólo los que conducen a la alucinación, sino también aquellos capaces de provocar displacer («defensa primaria») (p. 461). Es notable destacar que algunas de estas características, por ejemplo que habría un reservorio permanente y otro variable de energía (libido yoica, libido objetal) se mantendrán invariantes en textos posteriores de la obra. Otras dimensiones, según los autores, revisten de cierta ambigüedad. Dirán: “el yo no es definido por Freud como el conjunto del individuo, ni siquiera como el conjunto del aparato psíquico; es sólo una parte de éste” (p. 462), no obstante:

La relación del yo con el individuo, tanto en la dimensión biológica de éste (organismo) como en su dimensión psíquica, es de una importancia privilegiada. Esta ambigüedad constitutiva del yo se encuentra en la dificultad de dar un sentido unívoco a la noción de interior, de excitación interna. La

excitación endógena se concibe sucesivamente como viniendo del interior del cuerpo, más tarde del interior del aparato psíquico, y por último como almacenada en el yo definitivo como reserva de energía” (p. 462). Aquí nos encontramos, entonces, con la dificultad de establecer un mundo externo y un mundo interno, dificultad que intentaremos recorrer a lo largo de la investigación junto con Freud. Siguiendo el camino de las transformaciones del concepto de Yo en Freud, los autores destacarán al narcisismo y dirán que lo nuevo, respecto al Proyecto, consiste en que:

a) el yo no existe desde un principio ni tampoco aparece como el resultado de una diferenciación progresiva. Para constituirse requiere «una nueva acción psíquica»; b) se define como unidad en relación con el funcionamiento anárquico y fragmentado de la sexualidad que caracteriza al autoerotismo\*; c) se ofrece como objeto de amor a la sexualidad, a igual título que un objeto exterior. Bajo la perspectiva de una génesis de la elección objetal, Freud se ve inducido incluso a establecer la secuencia: auto-erotismo, narcisismo, elección objetal homosexual, elección objetal heterosexual” (p. 464).

Luego, destacarán que, además, con el desarrollo de la noción de identificación, se descubre que el yo tiene la capacidad de modificarse a sí mismo tomando a otros como modelo, incluso objetos que fueron amados y perdidos, llegando a plantear que el yo mismo, su creación, es por la vía de una identificación que tendría el modo de funcionamiento de lo oral, en tanto incorporación total de un objeto externo que luego será erigido en el yo. ¿Podría leerse, quizás, que lo que es el objeto, luego, será yo?

Más adelante, se destacará que parte del yo puede escindirse y formar: “la instancia crítica o conciencia moral: una parte del yo se sitúa frente a otra, la juzga críticamente, la toma, por así decirlo, como objeto” (p. 465)

Por último, los autores destacarán “la vuelta de 1920” (p. 466), momento en el cual: “la segunda teoría tópica hace del yo un sistema o una instancia”, en tanto: “tiende a amoldarse a las modalidades del conflicto psíquico mejor que la primera teoría” (p. 466). No obstante, advierten:

El paso de la primera tópica a la segunda no implica que las nuevas «provincias» invaliden las delimitaciones anteriores entre Inconsciente, Preconsciente y Consciente. Pero, en la instancia del yo, vienen a agruparse funciones y procesos que, dentro del marco de la primera tópica, se hallaban repartidos entre varios sistemas (p. 466).

Las consecuencias que devienen de esta nueva teorización, según los autores, consisten en toda una serie de nuevas funciones que atañen al yo: Esta ampliación del concepto de yo implica que se atribuye a éste, en la segunda tópica, las más diversas funciones: control de la motilidad y de la percepción, prueba de la realidad, anticipación, ordenación temporal de los procesos mentales, pensamiento racional, etc., pero también desconocimiento, racionalización, defensa compulsiva contra las exigencias pulsionales (p. 467).

A la altura de la segunda tópica, nos encontramos con una sustancial modificación de la teorización respecto de la génesis del yo, en tanto:

El yo «[...] se ha desarrollado a partir de la capa cortical del ello, que, dispuesta para recibir y apartar las excitaciones, se halla en contacto directo con el exterior (la realidad). Tomando como punto de partida la percepción consciente, el yo somete a su influencia territorios progresivamente más amplios, capas cada vez más profundas del ello» (p. 468).

Parece difícil, entonces, sostener la formación del yo por vía de la incorporación identificatoria del objeto, en tanto aquí, Freud ubica que el ello tendría una capa cortical cuya función sería darle tratamiento a los estímulos y que la formación del Yo sería la resultado de la actividad de administración de dichos estímulos, yo que iría ganando terreno sobre el ello. A este respecto, los autores concluirán que:

La idea de una génesis del yo está cargada de ambigüedades, que, por lo demás, fueron mantenidas por Freud a todo lo largo de su obra y que no hacen más que agravarse con el modelo propuesto en *Más allá del principio del placer*” (p. 468).

Hemos de destacar que es este punto que destacan los autores lo que nos motiva a realizar este estudio, en tanto Freud deja abierta la posibilidad de entender al yo como un aparato de adaptación producto del desarrollo natural ligado a la filogénesis o, por el contrario, un producto de operaciones psíquicas muy precisas (identificación, narcisismo, incorporación del objeto, etc).

Para realizar un recorrido del concepto de Yo en Lacan, y teniendo en cuenta que lo que nos interesa es establecer su relación con el de Freud, tomaremos como fuente el “Diccionario Introdutorio de Psicoanálisis Lacaniano de Dylan-Evans” (1998). Allí, se comenzará destacando que Lacan propone, en la traducción del alemán al francés, diferenciar Je y Moi, dejando este último como equivalente al ego. Luego, dirán: “Lacan sostiene que el descubrimiento freudiano del inconsciente removió al yo de la posición central que la filosofía occidental le había tradicionalmente asignado, por lo menos desde Descartes” (p. 197). Por el contrario, pareciera ser que la propuesta lacaniana postula que: “el yo no está en el centro, que el yo es en realidad un objeto” (p. 197). Este último planteo resulta interesante en tanto ha de ser cotejado con el gráfico del *individuum psíquico* freudiano donde, efectivamente, el yo sí está en el centro.

Continuando con el desarrollo del Yo en Lacan, los autores postularán que, en la teoría lacaniana:

El yo es una construcción que se forma por identificación con la imagen especular del estadio del espejo. Es, entonces, el lugar donde el sujeto se aliena de sí mismo, transformándose en el semejante, (...) es una formación imaginaria, en tanto opuesto al sujeto, que es un producto de lo simbólico (p. 198)

Y afirmará:

El yo es precisamente un desconocimiento del orden simbólico, la sede de la resistencia, (...) está estructurado exactamente como un síntoma. En el corazón del sujeto, es sólo un síntoma privilegiado, el síntoma humano por excelencia, la enfermedad mental del hombre (p. 198).

Aquí ya podemos empezar a vislumbrar la notable diferencia entre, al menos, una parte de la obra de Freud y el planteo de Lacan: puede leerse, en Freud, que el yo tiene una serie de funciones

necesarias para la estabilización energética del aparato. Lacan lo llama, por otro lado, imaginario, resistencial, enfermedad mental, “la sede de las ilusiones” (p. 198). No obstante, puede leerse, también, continuidad entre los desarrollos de Freud del yo como objeto libidinal y la propuesta lacaniana que va por la misma línea.

El Diccionario propone, como complemento al concepto de Yo, el concepto de “yo autónomo”. Allí, encontramos que dicha conceptualización proviene de la psicología del yo, criticada por Lacan, y que consiste en que: “el yo se vuelve autónomo al lograr un equilibrio armonioso entre sus pulsiones primitivas y los dictados de la realidad (...) es, entonces, sinónimo del “yo fuerte”, “el yo bien adaptado”, “el yo sano” (p. 198).

Hasta aquí mi posicionamiento teórico. Es mi intención dejar planteado, justamente, la dificultad intrínseca que constituye establecer desde dónde y cómo voy a leer las fuentes bibliográficas que me propongo investigar, en tanto este trabajo tiene como objetivo intentar aproximarme a conceptos que me permitan realizar una lectura de determinados fenómenos o situaciones que constituyen el campo de problemas sobre el cual interviene el psicólogo. Es decir, este tema me interesa porque me interpela saber con qué conceptos contaré a la hora de trabajar y cuán coherentes son entre sí, como sistema teórico. Hasta ahora, podemos suponer que Lacan realiza una lectura íntegra de la teoría freudiana y selecciona qué, del yo, mantener (yo como objeto libidinal) y qué descartar (yo como vasallo que debe velar por la estabilidad del aparato, barrera antiestímulo, mediador, etc).

## **Diseño metodológico**

Ya que la unidad de análisis de esta investigación son los textos, detallados al final de este apartado, que, en Freud y en Lacan, nos ayuden a pensar al Yo, el enfoque metodológico será el análisis documental, definido por María Pinto Molina (1989) como: “operación o conjunto de operaciones enfocadas a representar el contenido de un documento bajo una forma distinta de la original, a fin de facilitar su consulta o su referencia en fase posterior” (p. 327) más adelante, dirá: “con el objetivo último de servicio a la comunidad científica”. (p. 328). Para precisar aún más de qué se trata, la autora sostendrá que, dentro del análisis documental, el análisis de contenido es: “toda operación que permite poner de manifiesto el tema de un documento y extraer los elementos o aspectos característicos que representen fielmente las diferentes nociones o conceptos contenidas en él (...) para su conocimiento en profundidad” (p. 332). En lo que respecta a nuestro trabajo, nos proponemos poner de manifiesto lo más específicamente posible las características o dimensiones que componen el concepto de yo en la obra de Freud y de Lacan y organizar dicha información de manera tal de que sea fácilmente accesible y transmisible.

Generalmente, la bibliografía consultada ubica al “análisis documental” o “bibliográfico” como un momento particular dentro del proceso de investigación científica. Sin embargo, nosotros nos hemos propuesto que la totalidad del trabajo consista en una recuperación de lo dicho por Freud y Lacan sobre el yo, en un intento de tratar a los textos de manera tal de permitir establecer una comparación entre ellos, se los tratará como documentos. El documento, según Pinto Molina, es:

“acumulación de información”, por lo cual, “para que se difunda y circule deberá ser sometido a un *proceso* o conjunto de operaciones”. Estas operaciones son: “realizadas por el documentalista con el fin de transformar las informaciones contenidas en el documento”. El objetivo de la realización de este tratamiento sobre los documentos es: “hacerlo más controlable y utilizable” (p. 324). Más aún, el trabajo de análisis bibliográfico busca: “representar un documento bajo una forma diferente de la original, bien se trate de traducirlo, resumirlo, indizarlo..., para facilitar la consulta o recuperación por los especialistas interesados” (p. 325) Es decir, no se interrogará, en principio, la veracidad, falsedad o coherencia teórica de los enunciados. Se buscará recuperar, ordenar y presentar lo más sintética y claramente posible qué dicen uno y otro sobre el mismo concepto y, finalmente, ofrecer los resultados a la consideración de la comunidad académica. Para ello, el trabajo se dividirá en capítulos cuyo recorte fue definido en base a temas o dimensiones del concepto de yo que pueden ser rastreados en Freud y Lacan. Sabemos, desde ya, que por la complejidad y la extensión de las obras de Freud y Lacan y por el limitado recorte bibliográfico que nos es preciso realizar, adecuándonos a los requerimientos de un trabajo integrador de grado, sólo puede llegar a conclusiones parciales, exploratorias del problema y que podrían hacerse innumerables otros recortes temáticos. Nuestra intención es, en el mejor de los casos, servir como incentivo de nuevas preguntas e investigaciones.

Textos que componen la unidad de análisis:

- Freud, Sigmund. *Obras completas*. Ed. Amorrortu, Argentina, 2007, 24 T.
- Freud, S. “Proyecto de Psicología” (1950 [1895]), T. I.
- Freud, S. “La interpretación de los sueños” (1900), T. IV-V.
- Freud, S. “Introducción del Narcisismo” (1914), T. XIV.
- Freud, S. “Más allá del principio del placer” (1920), T. XVIII.
- Freud, S. “Sobre el mecanismo psíquico de fenómenos histéricos” (1893), T. II.
- Freud, S. “El yo y el ello” (1923), T. XIX.
- Freud, S. “Introducción del Narcisismo” (1914).
- Freud, S. “Psicología de las masas y análisis del yo” (1921), T. XVIII.
- Freud, S. “Nuevas conferencias de introducción al Psicoanálisis” (1932-1936), T. XXII.
- Laplanche y Pontaliss. “Diccionario de Psicoanálisis” (1996). Buenos Aires. Amorrortu editores.
- Lacan, J. “El seminario, Libro 1: Los escritos técnicos de Freud” (1953-1954). Buenos Aires. Paidós.
- Lacan, J. “El seminario, Libro 2: El yo en la teoría de Freud y en la técnica psicoanalítica” (1954-1955). Buenos Aires. Paidós.

## **Introducción a la problemática del yo en la teoría de Sigmund Freud**

Desarrollado y presentado por primera vez en el “Proyecto de Psicología” (1950 [1895]), el yo, en la obra de Sigmund Freud, surge como respuesta a la necesidad de explicar los modos a través de los cuales el psiquismo lidia con la energía psíquica. Una energía, que él abrevia como “Q” y que está: “sometida a la ley general del movimiento”. Además, es necesario “suponer como partículas materiales las neuronas” (p. 339) a través de las cuales se desplaza dicha energía. La energía que se distribuye a través del psiquismo tiene un origen que, sea exógeno o endógeno, excita los órganos destinados para tal fin y produce una cantidad de energía que se distribuye a través del aparato y que está sometida a las leyes del movimiento. Gracias a estas leyes, podemos suponer que la energía del aparato teorizado por Freud se genera gracias a la impresión de una fuerza que es registrada por determinados órganos.

La reacción más directa del aparato ante una estimulación que lo afecta es la huida. Sin embargo: “el sistema de neuronas recibe estímulos desde el elemento corporal mismo, estímulos endógenos que de igual modo deben ser descargados”. Estas son: “las grandes necesidades: hambre, respiración, sexualidad”, grandes necesidades que: “Sólo cesan bajo precisas condiciones que tienen que realizarse en el mundo exterior: por ejemplo, la necesidad de alimento”. Por ello, el aparato se ve amenazado, en los inicios de la existencia, por necesidades que no puede resolver por sí solo. A estas necesidades Freud las llama “*apremio de la vida*” (p. 341). Este apremio sólo podrá ser resuelto gracias al auxilio ajeno.

Freud nos propone un yo compuesto de la “fijación” de los caminos asociativos que llevaron al psiquismo a una descarga de la energía correctamente lograda que causó el cese de la estimulación en la fuente que la provoca. Íntimamente ligado con la memoria, nos dice que el yo surge necesariamente después de la primer experiencia de satisfacción, en tanto en ese primer surgimiento de la necesidad biológica que causa un aumento de la energía presente en el aparato que es registrada como *displacer*, no hay información que permita saber cómo responder. En el inicio: “la vía que a raíz de ello primero se recorre es la que lleva a la *alteración interior* (expresión de las emociones, berreo, inervación vascular)”. Como lo que apremia al individuo es una necesidad endógena que sólo se resuelve mediante una: “alteración en el mundo exterior (provisión de alimento, acercamiento del objeto sexual) que, como acción específica, sólo se puede producir por caminos definidos”, el resultado es que: “ninguna de estas descargas tiene como resultado un aligeramiento, pues la recepción de estímulo endógeno continúa y se restablece la tensión  $\psi$ ” que no se resolverá hasta que gracias al llanto un adulto más experimentado acude y realiza la acción específica que cancela la necesidad y produce la satisfacción. Como ejemplo paradigmático nos propone la alimentación del lactante. Gracias a esta sucesión de acontecimientos: “se genera en el manto la investidura de una neurona (o de varias), que corresponden a la percepción de un objeto” que sería el pecho materno que produjo la satisfacción y: “a otros lugares del manto llegan las noticias de descarga del movimiento reflejo desencadenado, inherente a la acción específica. Entre estas investiduras y las neuronas del núcleo se

forma entonces una facilitación” (p. 363). Cuando la misma necesidad vuelva a surgir: “la investidura traspasa sobre los dos recuerdos y los anima” (p. 364).

La sumatoria de los modos de satisfacción que comenzarán a edificarse y articularse constituyen lo que Freud llamará “yo”, que en este momento de la teoría es una función del psiquismo que deriva de la necesidad de administrar la energía psíquica de manera tal de mantenerla lo más baja posible en tanto, según el “principio de inercia neuronal”: “las neuronas procuran aliviarse de la cantidad” (p. 340) y volver al estado de reposo. Esta función del psiquismo que llamamos “yo”, se expresa en procesos psíquicos específicos que afectan los caminos que sigue la energía a través de aparato: la facilitación y la inhibición que, en conjunto, le permiten al yo dirigir la energía hacia las neuronas implicadas en las acciones necesarias para la descarga. Podemos plantear, a este respecto, una objeción: Si las neuronas tienden a vaciarse de energía, es contradictorio plantear que existe un “yo” que consiste en una “red de neuronas bien investidas, bien facilitadas entre sí” (p. 367). Es decir, si las neuronas tienden a vaciarse, ¿Por qué el aparato admitiría un conjunto o red de neuronas constantemente investidas?. Esta contradicción es resuelta por Freud a través de una argumentación adaptativa. En principio, podemos resumir el proceso en algunos pasos:

- 1) El organismo registra necesidades exógenas y endógenas a través de superficies pasibles de ser afectadas por fuerzas físicas y de transformar dicha fuerza en energía que luego pasará a las neuronas  $\phi$  (sensitivas). El modelo que sirve de ejemplo es el haz de luz que afecta al ojo, que es sensible a él, estímulo ante el cual el ojo se cierra.
- 2) Esta energía llegará, eventualmente, a lo que Freud llama neuronas  $\Psi$ , que constituirían específicamente aquella “red” a la que se refiere a la hora de conceptualizar el yo como una “organización cuya presencia perturba decursos” (p. 368). Estas neuronas son capaces de mantenerse investidas, diferenciándose, por ejemplo, de las neuronas perceptivas ( $\phi$ ) que necesitan estar vacías para recibir excitación. Son aquellas que tienen “*posibilidad de constituir la memoria*” (p. 344) y que, siguiendo con la reflexión precedente, contienen la información necesaria para decidir cómo responder correctamente a la necesidad endógena, guiándose por satisfacciones logradas en el pasado.
- 3) A diferencia de la excitación exógena cuya resolución más conveniente y económica, en lo que a recursos se refiere, es la huida, las excitaciones endógenas requieren una modificación interna que produzca el cese de la estimulación. Como dijimos, el ejemplo paradigmático es la alimentación. Por ello, según Freud, aunque contraría el principio de inercia neuronal que implica que siempre las neuronas tienden a estar vacías de energía, el aparato debe admitir una cantidad constante en las neuronas que constituyen el yo en tanto es gracias a la información de las experiencias de satisfacción almacenada en ellas que el aparato decide cómo debe responder ante cada necesidad en su complejidad específica (con las imágenes-movimiento e imágenes-deseo implicadas). Es gracias a la admisión de esta cantidad de energía

constante en el aparato que se puede evitar una acumulación excesiva de excitación causada por la imposibilidad de responder ante los estímulos endógenos.

En “La interpretación de los sueños” (1900) Freud le asignará al yo una función muy específica en su propuesta teórica para pensar los sueños. Dirá que el yo es quien, durante la vigilia, se mantiene vigilante para no permitir el acceso a la motilidad de aquellos deseos reprimidos. Durante el estado del dormir, las barreras de la censura que el yo instituye se debilitan porque, como el acceso a la motilidad está cerrado, no es necesario mantener estrictamente las defensas en tanto, incluso si los deseos reprimidos se transmitieran inmodificados hacia el polo motor, este no podría realizar ninguna acción. No obstante, durante ese estado, el yo sigue funcionando. En ocasión de explicar cómo los sueños de angustia se insertan dentro del supuesto de que todos los sueños son cumplimientos de deseo, nos dice que el yo dictamina que el cumplimiento de tal o cual deseo resultará en lo que a nivel del proyecto llamábamos “desprendimiento de displacer”. Por esta razón, se le impide el acceso a la motilidad o lo que llamaríamos su “cumplimiento”. En la Interpretación de los Sueños, las diferentes fuerzas que se enfrentan y que producen el conflicto son los deseos reprimidos y el yo. En palabras de Freud: “Puede suceder que el yo durmiente participe con mayor amplitud en la formación del sueño, reaccione con violenta indignación frente a la satisfacción procurada del deseo reprimido y aún ponga fin al sueño mediante la angustia” (p. 550). De aquí extraemos que el yo participa activamente de la formación de sueños permitiendo que algunos deseos reprimidos se expresen hasta cierto umbral a partir del cual, para dar terminación al sueño, se recurrirá a la angustia que sería un recurso que el yo puede utilizar. Los sueños punitivos pueden, incluso, indicar: “la posibilidad de una participación todavía más extensa del yo en la formación del sueño” (p. 550). Como vemos, el yo es, hasta el final, el encargado de evitar los desprendimientos de displacer a los que tiende la satisfacción de los deseos que, previos a la represión, hubiesen provocado descarga y placer pero que, posterior a ella, se han vuelto incompatibles con el individuo y las satisfacciones que tiene permitidas.

Sin embargo, a lo largo de su obra, Freud desarrolla otra dimensión del concepto que se diferencia de la función que originalmente se le asigna al yo. Esta otra dimensión del yo no consiste en su función ejecutiva sino en su transformación en objeto sexual, proposición formalizada en “Introducción del Narcisismo” (1914). En principio, no parecía responder a los fines que Freud propone como base de su propuesta teórica que consiste, siempre y en todos los casos, en un intento del aparato psíquico por evitar la acumulación de excitación, posteriormente llamada libido o energía de la pulsión sexual. Nos preguntamos, entonces, ¿Qué relación puede establecerse entre el yo como función de memoria, de fijación, de facilitación e inhibición de cargas energéticas que, en conjunto, constituye el “carácter” con el yo que establece un vínculo libidinal consigo mismo y que llamamos Narcisismo?

El narcisismo, según Freud, se define por la colocación de la libido. Si la libido está colocada o ligada a un objeto exterior, allí se estableció una relación de objeto. Si, por el contrario, la libido se encuentra colocada en el yo o invistiendo al yo, dicho estado de cosas es llamado por Freud “Narcisismo”. El narcisismo es, entonces: “El complemento libidinoso del egoísmo inherente a la

pulsión de autoconservación de la que justificadamente se atribuye una dosis a todo ser vivo” (p. 72). El narcisismo sería libido que se añade al egoísmo inherente a la pulsión de autoconservación. Dicha pulsión tiene como meta la conservación de la vida a través de las acciones específicas que describimos, en páginas anteriores, en ocasión de explicar los caminos a través de los cuales el aparato logra resolver las grandes necesidades biológicas que Freud llama el “apremio de la vida”.

Nuestro interrogante al respecto consiste en la relación entre ambas dimensiones del concepto. Es decir, ¿Cuál es la coherencia interna que guarda una propuesta teórica en la cual convive un yo como función relacionada a la memoria, a la administración de energías, a la elección y ejecución de caminos hacia la satisfacción exitosa y otro yo que es objeto sexual para sí mismo? Si todo proceso psíquico descrito por Freud responde a una necesidad de mantener la constancia energética, ¿Qué problema o necesidad se resuelve a través del narcisismo?

En los capítulos subsiguientes, intentaremos recuperar afirmaciones de Freud que, a lo largo de su obra, explican su opinión respecto de ambas dimensiones del concepto de yo. Finalmente, desarrollaremos la relación entre ambos para, luego, realizar una comparación con la propuesta de Jacques Lacan en su “El seminario, Libro 1: Los escritos técnicos de Freud” (1953-1954) y en su “El seminario, Libro 2: El yo en la teoría de Freud y en la técnica psicoanalítica” (1954-1955)

## **El yo como función psíquica**

En este capítulo desarrollaremos la dimensión del concepto de yo en la obra de Freud que lo postula como una función del psiquismo diferenciada de otras, que persigue objetivos y responde a necesidades. Para ello, nos serviremos de citas de textos que pertenecen a distintas épocas o momentos de pensamiento de Freud, desde el “Proyecto de Psicología” (1950 [1895]) hasta textos pertenecientes a su segunda teoría del aparato psíquico, posteriores al año 1920.

En el “Proyecto de Psicología” (1950 [1895]) el yo es presentado como una “organización que perturba decursos que la primera vez se consumaron de manera definida (o sea, acompañados de satisfacción o de dolor)” (p. 368). Su formación, en este momento, es producto de: “La recepción, repetida con regularidad, de Q endógenas en neuronas definidas (del núcleo), y el efecto facilitador que de ahí parte” que “darán por resultado un grupo de neuronas que está constantemente investido” (p. 368). El objetivo del yo es: “librar sus investiduras por el camino de la satisfacción” (p. 368) y se logra: “influyendo él sobre la repetición de vivencias de dolor y de afectos, por el siguiente camino, que en general se define como el de la *inhibición*” (p. 368).

El origen del yo está íntimamente ligado a la primer vivencia de satisfacción. Según Freud, cuando se registra una necesidad endógena: “la vía que a raíz de ello primero se recorre es la que lleva a la *alteración interior* (expresión de las emociones, berreo, inervación vascular)” (p. 362). Si tomamos como ejemplo, junto con Freud, la necesidad de alimento o la excitación sexual, naturalmente ninguna de estas respuestas producirá satisfacción así que la tensión tenderá a mantenerse o aumentar. La satisfacción que cancela el estado de necesidad: “exige una alteración en el mundo exterior (provisión de alimento, acercamiento del objeto sexual)” (p. 362) pero: “El organismo humano es al comienzo incapaz de llevar a cabo la acción específica. Esta sobreviene mediante *auxilio ajeno*: por la descarga sobre el camino de la alteración interior, un individuo experimentado advierte el estado del niño.” (p. 362). Este auxilio ajeno que realiza la acción específica necesaria produce la satisfacción, la descarga de la excitación y el cese del displacer. Esta experiencia dejará como resultado: “la investidura de una neurona (o de varias), que corresponden a la percepción de un objeto” (p. 363) que fue el objeto percibido cuando la necesidad fue satisfecha siendo, en este caso que analizamos, el pecho materno y: “a otros lugares del manto llegan las noticias de descarga del movimiento reflejo desencadenado, inherente a la acción específica. Entre estas investiduras y las neuronas del núcleo se forma entonces una facilitación” (p. 363), es decir, se produce una asociación entre la descarga y los movimientos reflejos desencadenados gracias a la intervención externa. Cuando ocurra: “el reaflorescimiento del estado de *esfuerzo* o de *deseo*, la investidura traspasa sobre los dos recuerdos y los anima” (p. 364). Además, el yo será encargado del examen de realidad. Cuando surge una necesidad endógena, el camino más rápido para la descarga de la excitación que el aparato recibe es invertir su recuerdo de manera tal de alucinar la presencia del objeto. Sin embargo, esta solución, si bien directa, es inútil: “porque el objeto no tiene presencia *real* sino sólo en una *representación-fantasia*” (p. 370). Es decir, al no haberse producido la modificación interna producto de la acción específica necesaria, la excitación se sigue produciendo. Por ello, el yo necesita distinguir

entre percepción y representación. Para ello, se sirve de: “*La noticia de descarga de  $\omega$* ” que es: “*el signo de cualidad o de realidad objetiva para  $\Psi$* ” (p. 371).  $\Phi$  representa a las neuronas sensitivas que están en contacto con las fuentes de excitación endógena y exógena. Si allí se produce una descarga, es porque se está en presencia del objeto real. Si no se produce, se está en presencia de una alucinación. Si la investidura del recuerdo es hiperintensa, llega hasta las neuronas  $\omega$  y el criterio fracasa. Por ello, el yo debe inhibir, impedir la investidura de la imagen-deseo más allá de cierto umbral pues, de no hacerlo el aparato favorecería la acumulación de excitación por continuar el estado de necesidad. Este momento en el cual: “Simultáneamente con la investidura-deseo de la imagen-recuerdo, está presente la percepción de ella” es llamado “identidad de percepción” (p. 373).

Como vemos, el argumento que fundamenta las posiciones desarrolladas hasta aquí es adaptativo. Que se produzca la descarga en ausencia de la percepción del objeto sería energéticamente inútil, en tanto se seguiría estimulando la zona u órgano que registra la necesidad y esto seguiría aumentando el nivel de energía presente en el aparato. La acumulación de energía es nociva y, pasado determinado umbral de tolerancia, traumática.

Freud nos propone que el aparato psíquico es una red de neuronas, en el “Proyecto de Psicología” y de representaciones en textos posteriores. Si se produce una excitación y las neuronas no se encuentran afectadas por una facilitación o por una inhibición, podemos concluir que la energía se distribuirá por el aparato. Por el contrario, si quien dirige los caminos que sigue la energía es el yo, dice Freud, se puede administrar los caminos que seguirán las cantidades. Estos procesos, luego, aplicarán a representaciones. El flujo natural de la energía es lo que luego llamará proceso primario y la inhibición del paso de la energía por determinadas neuronas es lo que luego se llamará represión o esfuerzo al desalajo.

En “La interpretación de los sueños” (1900), a este esquema simple de arco reflejo estímulo-respuesta se le agrega la “instancia criticadora” (p. 534) que cumple la función de censurar las representaciones que no tienen permitido emerger en la consciencia ya no por razones adaptativas sino morales. Ahora, el deseo y la acción específica que lo resuelve a través de la motilidad, además de ser adecuados a fines deben estar permitidos. Tanto es así que: “el formador de sueño” puede no ser “el deseo inconsciente que procede de lo reprimido (el sistema icc), sino el deseo punitivo que reacciona contra aquél; este último pertenece al yo” (p. 550)

Muchos años después, en “Más allá del principio del placer” (1920), en ocasión de reflexionar respecto de la insistencia de los individuos en aquello que les genera displacer, Freud ubica como causa de dicho fenómeno de insistencia en el padecimiento a la propia función del yo. El ejemplo paradigmático, a este respecto, es el juego del niño que, abandonado momentáneamente por su madre, se dispone a jugar lanzando y recogiendo un carretel. ¿Cuál sería, económicamente, la ganancia de este juego? Sabemos que si la acción se realiza, debe ser placentera. Si es placentera, implica una descarga. En este caso: “En la vivencia era pasivo, era afectado por ella; ahora se ponía en un papel activo repitiéndola como juego, a pesar de que fue displacentera” (p. 16) efectuando una suerte de venganza hacia la madre que es sustituida por el objeto que se arroja. Lo fundamental aquí, entonces, no es tanto

la llamativa insistencia en recordar o repetir situaciones dolorosas, sino que esta repetición tiene como objetivo realizar la conducta que quedó reprimida o detenida en su decurso y que habría proporcionado la descarga de la excitación suscitada por la impresión. Freud nos ofrece un modelo idéntico a este en “Sobre el mecanismo psíquico de fenómenos histéricos” (1893) cuando dice: “si a alguien le sobreviene algo, reacciona a ello por vía motriz. Y es posible aseverar sin titubeos que de esta reacción depende cuánto restará de la impresión psíquica inicial” (p. 37) y, acto seguido, ejemplifica: “Un hombre experimenta una ofensa, le dan una bofetada o algo así” e “instintivamente le nace la inclinación a aminorar enseguida esta excitación acrecentada; devuelve, pues, la bofetada” (p. 37). Gracias a ello: “descargó {abführen} tanto como le fue cargado {zuführen}” (p. 37). La descarga adecuada es siempre la acción, por lo que podemos decir que la repetición de situaciones dolorosas tiene un fin que continúa lo ya expuesto: descargar la excitación a través de las acciones específicas. Si dicha acción no se produce, el yo insiste hasta que se produzca. De hecho, podríamos considerar que las consecuencias del Complejo de Edipo y su incidencia en la vida adulta tienen que ver, no tanto con la figura de los padres como con la prohibición que pesa sobre el vínculo sexual con ellos. La excitación que ellos generan sólo podría ser descargada con acciones prohibidas cuya realización el yo impide y, de ahí, la repetición.

El yo, como dijimos, es el encargado de responder ante la conciencia moral manteniendo las barreras de la censura. Por ello, debemos atribuirle al yo todas las resistencias a la curación en el tratamiento psicoanalítico. En “Más allá del principio del placer” (1920) Freud dice al respecto que: “Lo inconsciente, vale decir, lo <<reprimido>>, no ofrece resistencia alguna a los esfuerzos de la cura; y aun no aspira a otra cosa que a irrumpir hasta la conciencia” (p. 19). Muy por el contrario, los deseos reprimidos buscan emerger en la conciencia y obtener descarga a través de la acción. Quien se opone a ello es el yo, que representa los “estratos y sistemas superiores de la vida psíquica que en su momento llevaron a cabo la represión” (p. 19). Estos estratos superiores representan las prohibiciones y adquisiciones culturales a las que debe someterse el psiquismo y que, por ello, complejizan el esquema simple de excitación-descarga que desarrollamos al comienzo ya que, aunque determinados modos de satisfacción u objetos pulsionales estén prohibidos, las pulsiones primordiales son: “difíciles de <<educar>>” (p. 10). De hecho, Freud dice que a causa de que: “La investigación sexual, que chocó con la barrera del desarrollo corporal del niño, no obtuvo conclusión satisfactoria” y del “retiro de la ternura que se prodigaba al niño, la exigencia creciente de la educación, palabras serias y un ocasional castigo”, durante el tratamiento psicoanalítico: “Los neuróticos repiten en la transferencia todas estas ocasiones indeseadas y estas situaciones afectivas dolorosas, reanimándolas con gran habilidad” (p. 21). Esto lleva a Freud a concluir que esta compulsión a repetir las situaciones en las cuales la acción que lleva a la satisfacción quedó incompleta o impedida en su realización constituye el “más allá del principio de placer” ya que, incluso cuando: “la acción de pulsiones que estaban destinadas a conducir a la satisfacción” (...) “ya en aquel momento no la produjeron, sino que conllevaron únicamente displacer” el yo tiende a repetir las, a insistir en ellas en un intento de descargar la excitación a través de las acciones específicas que quedaron fijadas, fracasando cada vez.

En definitiva, la neurosis que se despliega durante la transferencia no es más que la puesta en escena de un pasado cuyo desenlace se quiere modificar para producir la descarga que quedó coartada en su realización.

El principio de inercia neuronal que desarrollamos al comienzo, luego llamado principio de placer: “es entonces una tendencia que está al servicio de una función: la de hacer que el aparato anímico quede exento de excitación, o la de mantener en él constante, o en el nivel mínimo posible, el monto de la excitación”, lo cual: “participaría de la aspiración más universal de todo lo vivo a volver atrás, hasta el reposo del mundo inorgánico” (p. 60). En algún momento: “por una intervención de fuerzas que todavía nos resulta enteramente inimaginable, se suscitaron en la materia inanimada las propiedades de la vida” lo cual es, en los términos que venimos desarrollando, una perturbación en tanto el aparato tiende al reposo y la vida es tensión. Por ello: “La tensión así generada en el material hasta entonces inanimado pugna después por nivelarse; así nació la primera pulsión, la de regresar a lo inanimado (p. 38). El yo, paradójicamente, busca la descarga de la energía a través de los caminos que la cultura admite dentro de los límites de los ideales que impone al individuo, aunque esta descarga de energía, de ser total, implicaría el cese de la actividad psíquica y, con ello, la descarga de la red de neuronas o representaciones que conforman el yo. Paradójicamente, las pulsiones de autoconservación que considerábamos que tendían hacia la conservación de la vida: “son pulsiones parciales destinadas a asegurar el camino hacia la muerte peculiar del organismo y a alejar otras posibilidades de regreso a lo inorgánico que no sean las inmanentes” (p. 39). En el lapso que discurre entre el nacimiento y la muerte, el individuo se vería compelido a garantizar la supervivencia de la especie. Las pulsiones sexuales serían el complemento de las de autoconservación, en tanto: “vigilan los destinos de estos organismos elementales que sobreviven al individuo, cuidan por su segura colocación” (p. 40) a través del coito con el sexo opuesto.

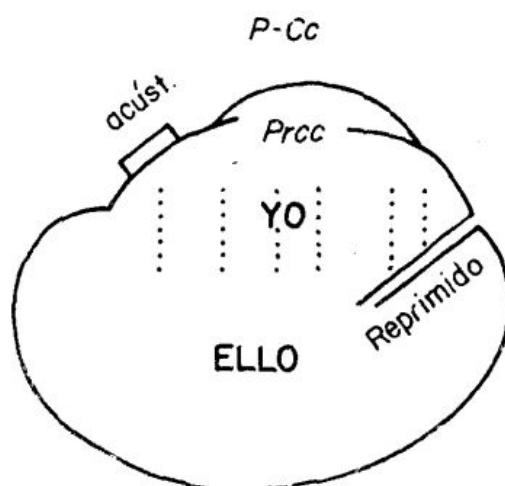
En esta oposición que proponemos entre las pulsiones y el yo, ambos tipos de las primeras serían particularmente conservadoras, en tanto: “espejan estados anteriores de la sustancia viva”, son “resistentes a injerencias externas” y “conservan la vida por lapsos más largos. Son las genuinas pulsiones de vida; dado que contrarían el propósito de las otras pulsiones (propósito que por medio de la función lleva a la muerte) (p. 40). Las pulsiones de vida se orientan, entonces, no a la vida del individuo sino de la especie. Lo único que contrariaría la tendencia pulsional orgánica hacia la muerte sería, paradójicamente, lo que produce sufrimiento: los ideales culturales a los que se ve sometido el yo, que se interponen en el ciclo aquí descrito por Freud, introduciendo la necesidad de ir a contramano de las tendencias del organismo, ya que, en “La interpretación de los sueños” (1900) dice que: “A consecuencia de este advenimiento tardío de los procesos secundarios, el núcleo de nuestro ser, que consiste en mociones de deseo inconscientes, permanece inaprehensible y no inhibible para el preconscious” lo que implica que: “Estos deseos inconscientes constituyen para todos los afanes posteriores del alma una compulsión a la que tienen que adecuarse, y a la que tal vez pueden empeñarse en desviar y dirigir hacia metas más elevadas” (p. 593). El yo es representante de dichas metas más elevadas en tanto pugna por guiar la excitación dentro de los límites admitidos por los

ideales y las prohibiciones del superyó, lo cual produce la encrucijada del padecimiento, en tanto la represión de la satisfacción inconsciente se obtendría de la descarga pulsional a través de acciones específicas que están prohibidas y que son inconciliables. Decimos encrucijada, entonces, porque incluso si se realizaran dichas acciones sobre las que pesa la prohibición, lo que se obtendría no es la experiencia del alivio que acompaña la descarga, sino la culpa y el castigo desatados por el yo.

Podemos decir, entonces, que la argumentación, la base teórica sobre la que se sostiene el edificio que Freud nos propone para pensar el psiquismo y el sufrimiento humano es predominantemente económica. Sin ella, todas las demás consideraciones por fuerza caen. Si, de hecho, se descubriera o postulara que el aparato psíquico no administra energías, no acumula ni descarga, no habría necesidad de derivar de ello que la energía no descargada debe hallar vías alternativas, que la energía efectivamente descargada deja como huella en la memoria acciones específicas acorde a fines que luego serán repetidas, que los padres son los primeros objetos de amor porque son, justamente, los primeros a través de los cuales se descarga la energía sexual que ellos mismos generan con la manipulación de los órganos del cuerpo, etc. En este sentido, más allá de las consideraciones que se edifican sobre la dimensión económica de la teoría Freudiana, esta base se mantiene intacta: el aparato psíquico es un instrumento a través del cual el organismo administra cantidades de excitación, sometidas a las leyes del movimiento y con una tendencia irrefrenable a la descarga absoluta que se ve desviada y deformada por las adquisiciones culturales que el yo y su ideal valoran pero a las cuales el organismo se resiste.

Por último, en “El yo y el Ello” (1923) Freud desarrolla la relación de vasallaje existente entre el yo, la realidad exterior, el superyó y el ello y presentará su última esquematización del aparato psíquico.

Figura 1.



(p. 26)

El núcleo del aparato psíquico es el yo que se asienta sobre el ello y que lo separa del sistema percepción-conciencia. Este esquema apoya la idea del yo como administrador de los contenidos y montos de excitación que provienen desde el ello que está “adentro” y desde el sistema percepción-conciencia que se orienta hacia “afuera”. Aquí, Freud define al yo como una “parte del ello

alterada por la influencia directa del mundo exterior” (p. 27). La naturaleza de esta alteración es desarrollada en “Más allá del Principio de placer” (1920), llamada “barrera anti-estímulo” y definida como el órgano receptor de estímulos del aparato que debe desarrollar una corteza: “que por el incesante embate de los estímulos externos sobre la superficie de la vesícula” se modifica de manera tal que “ofrece las condiciones más favorables a la recepción de estos” (p. 26) y que, en su calidad de capa más “externa”, oficia de filtro para proteger los estratos más profundos del aparato de la acumulación traumática de excitación que supondría que los estímulos ingresen directamente al aparato.

En “El yo y el ello” (1923) el yo tiene como función: “hacer valer sobre el ello el influjo del mundo exterior, así como sus propósitos propios”, busca “reemplazar el principio de placer, que rige irrestrictamente en el ello, por el principio de realidad” y, en definitiva, “es el representante *{repräsentieren}* de lo que puede llamarse razón y prudencia, por oposición al ello, que contiene las pasiones” (p. 27).

Hemos nombrado al pasar la relación de sumisión del yo respecto de la conciencia moral, el sufrimiento que se produce cuando, al interior del psiquismo, se produce la oposición entre las pulsiones y las prohibiciones a los objetos que las descargan, oposición que el yo debe resolver. Aquí, además, Freud postula que el yo es capaz de identificarse a un objeto o, lo que es lo mismo, erigir dentro de sí mismo al objeto y: “tal sustitución participa en considerable medida en la conformación del yo y contribuye esencialmente a producir lo que se denomina su *carácter*” (p. 31).

Consideramos que la función del yo que le permite identificarse a otro objeto y erigirlo dentro de sí merece un apartado propio, ya que durante gran parte de la investigación se nos presentó como incomprensible. ¿A qué se debe ese proceso? ¿Por qué el individuo tendería a identificarse con otro? o, mejor dicho, teniendo en consideración que todos los procesos anímicos descritos responden, en última instancia, a la necesidad del aparato de descargar energía: ¿A qué necesidad responde la identificación? Intentaremos responder a este interrogante en el apartado siguiente, realizando un recorrido por los desarrollos en los cuales Freud explica esta dimensión del yo, capaz de relacionarse amorosamente con un objeto y, al mismo tiempo, capaz de identificarse, de transformarse en él.

## **El yo como objeto sexual**

En “Introducción del Narcisismo” (1914) Freud explica que el término “narcisismo” era utilizado para describir la: “conducta por la cual un individuo da a su cuerpo propio un trato parecido al que le daría al cuerpo de un objeto sexual” (p. 71) y era considerado una perversión, es decir, una sustitución de la vida sexual normal que el ser humano establece con otra persona, por un modo de satisfacción desviado del coito y la reproducción como metas sexuales. No obstante, según Freud, gracias a la práctica psicoanalítica se descubrió que hay personas que no necesariamente deben ser calificadas de perversas y que, sin embargo, demuestran rasgos aislados de esa conducta.

En ocasión de reflexionar sobre el quiebre de la relación con los objetos exteriores en diversas situaciones (el estado del dormir, parafrenias, etc) Freud dice que puede pasar que la libido abandone los objetos externos como vías a través de las cuales obtener satisfacción y descargar excitación, y se dirija hacia el propio yo, razón por la cual “nos vemos llevados a concebir el narcisismo que nace por replegamiento de las investiduras de objeto como un narcisismo secundario que se edifica sobre la base de otro, primario” (p. 73). Este replegamiento supone la existencia de: “una originaria investidura libidinal del yo, cedida después a los objetos; empero, considerada en su fondo, ella persiste, y es a las investiduras de objeto como el cuerpo de una ameba a los seudópodos que emite” (p. 73). Esta afirmación se edifica sobre otra que, en el “Proyecto de Psicología” (1950 [1895]) abogaba por la existencia de “investiduras  $\Psi$ , en que un componente permanente se separa de uno variable” (p. 368). En este sentido, en “Introducción del Narcisismo” (1914) Freud mismo se pregunta: “¿Qué relación guarda el narcisismo, de que ahora tratamos, con el autoerotismo que hemos descrito como estado temprano de la libido?” (p. 74). La respuesta, en principio, es que: “Es un supuesto necesario que no esté presente desde el comienzo en el individuo una unidad comparable al yo; el yo tiene que ser desarrollado” (p. 74) en tanto el yo es una función relacionada a fijación de modos de satisfacción exitosos y su recuperación a la hora de enfrentar necesidades de la misma índole. Sin embargo, continúa: “las pulsiones autoeróticas son iniciales, primordiales, algo tiene que agregarse al autoerotismo, una nueva acción psíquica, para que el narcisismo se constituya” (p. 74). La satisfacción de la pulsión sexual de manera autoerótica consiste en que la zona u órgano que es la fuente se estimula sin recurrir a un objeto exterior, es decir, el objeto a través del cual se alcanza la satisfacción coincide con la fuente de la cual parte la excitación que es debido cancelar. Esta forma de funcionamiento de la sexualidad es, según Freud, inicial y primordial. Sin embargo, no queda claro cuál sería ese nuevo acto psíquico.

Por lo expuesto, la vuelta de la libido al yo sería un recurso que encuentra el aparato para evitar la acumulación de excitación. En la infancia, el propio cuerpo habría sido un objeto de satisfacción exitoso y conveniente en tanto está siempre disponible. Cuando un objeto externo debe ser abandonado, el propio cuerpo sería un destino natural de la libido en tanto simplemente debería regresar a un modo anterior de satisfacción que funcionó en el pasado. Sin embargo, si la satisfacción pulsional y descarga de la excitación utilizando como objeto el propio cuerpo es tan conveniente, ¿Por qué habría sido abandonado a lo largo del desarrollo? Según Freud, la razón por la cual el aparato se

ve obligado a abandonar la colocación libidinal en el propio yo que conocemos como narcisismo y salir en la búsqueda de objetos exteriores es el “complejo de castración” (p. 89) que, según el “Diccionario de Psicoanálisis” de Laplanche y Pontalis (1996) consiste en que: “El niño teme la castración como realización de una amenaza paterna en respuesta a sus actividades sexuales” (p. 58). Entonces, la razón por la cual el niño debe abandonar el narcisismo es la fantasía de castración que surge de la amenaza paterna que busca castigar sus actividades sexuales. De esta aseveración podemos concluir que la amenaza de castración debe pesar sobre la manipulación por parte del niño de su propio cuerpo y en particular del pene. Esta conducta sería condenada por la autoridad paterna, lo cual produce un problema económico en el aparato psíquico: el camino disponible para la satisfacción pulsional queda abolido y es necesario buscar otro objeto/vía. Como el propio cuerpo queda prohibido por la amenaza, es necesario que la libido salga en búsqueda de otros objetos, externos, que sirvan de mediadores a través de los cuales estimular la fuente pulsional para, finalmente, producir la descarga de la excitación. El chupeteo, la manipulación de los propios genitales, la expulsión y acumulación de las heces, según Freud, son formas a través de las cuales el aparato psíquico puede procurarse satisfacción autoeróticamente, cancelando la estimulación en las diversas fuentes pulsionales que constituyen las zonas erógenas. Esta forma de funcionamiento podría sostenerse de no ser por la intromisión de la autoridad paterna que prohíbe al individuo el camino directo a la satisfacción que sería el autoerotismo que, necesariamente, implica el posterior narcisismo que definimos como la colocación de la libido en el yo. O, mejor dicho, es el narcisismo el que implica necesariamente el autoerotismo como modo de satisfacción que queda prohibida por el complejo de castración.

Como consecuencia de la amenaza de castración, la libido se ve esforzada a desplazarse a objetos exteriores y se impone, por primera vez, un ideal que complejiza el esquema de la actividad psíquica. A partir de la creación por introyección del ideal del yo, el propio cuerpo que era el objeto disponible de manera directa, ya no está permitido. Por ello, según Freud en “Introducción del Narcisismo” (1914), el hombre: “no quiere privarse de la perfección narcisista de su infancia” por lo cual busca: “recobrarla en la nueva forma del ideal del yo. Lo que él proyecta frente a sí como su ideal es el sustituto del narcisismo perdido de su infancia, en la que él fue su propio ideal” (p. 91). Este ideal del yo, de ahora en más, cumplirá una función hasta el momento inédita, emparentada con la conciencia moral, de observación del: “yo actual midiéndolo con el ideal” (p. 92). Por lo expuesto, debemos suponer que la perfección narcisista de la infancia es perfección, justamente, por la ausencia de exigencias y críticas. Desde la instauración del ideal del yo en adelante, la perfección que se intenta recobrar, paradójicamente, será una perfección ligada al cumplimiento de las exigencias que estaban ausentes en la infancia. Sin embargo, los deseos inconscientes no tienen educación ni desarrollo, por lo cual continuarán exigiendo el objeto que el yo ya no tiene permitido proveerles. Esos objetos (o vías), podríamos decir “originales” o “primeros”, son reprimidos para evitar el desprendimiento de placer que causaría en la conciencia el reconocimiento del deseo que ha devenido prohibido, y de desviar la energía hacia otros objetos que sí están permitidos aunque no sean los originalmente adecuados. De hecho, Freud dirá que de ahora en más hemos de distinguir entre dos tipos de investiduras, conforme

sean: “*acordes con el yo* o, al contrario, hayan experimentado una represión” (p. 96). En el primer caso, dice Freud, no habrá dificultades: el yo administra, guía, inhibe y/o facilita y da descarga a excitaciones provenientes de distintas fuentes. Aquella excitación que se descarga a través del objeto amado será descargada como cualquier otra, lo cual causará que el aparato vuelva al estado de reposo. El problema es qué sucede con la excitación que se dirige hacia un objeto reprimido y que ve bloqueada la vía hacia él. Como la excitación no puede anularse ni destruirse, el yo deberá redireccionarla hacia otros objetos (esto último es posible, como dijimos, ya que una de las funciones del yo es inhibir caminos para el paso de la energía psíquica y facilitar otros). Esta es la razón por la cual podemos decir que el yo está relacionado con las “metas elevadas” y el efecto de la inmersión del psiquismo en la cultura y sus exigencias, en tanto: “El desarrollo del yo consiste en un distanciamiento respecto del narcisismo primario” (p. 96) y este distanciamiento se produce, justamente, por la introducción de la amenaza de castración que pesa sobre un modo de satisfacción sexual que es culturalmente condenable y que Freud plantea como prohibido. Esa investidura que queda “libre” luego de internalizada la amenaza se dirigirá al ideal del yo lo cual implica que, de ahora en más, los modos de satisfacción y los objetos impuestos por el ideal serán los únicos lícitos y permitidos. Los demás, incluso aquellos fijados en el yo por haber sido utilizados en el pasado, por fuerza deberán ser reprimidos.

Hasta ahora, podemos concluir que el yo es el reservorio libidinal y el primer objeto sexual porque la coincidencia entre el objeto pulsional y la fuente pulsional es muy práctica a los fines de descargar la excitación, pero, además, Freud plantea que el yo es capaz de establecer un lazo identificatorio con los objetos. ¿A qué necesidad responde? En “*Psicología de las masas y análisis del yo*” (1921), dice que la identificación “aspira a configurar el yo propio a semejanza del otro, tomado como <<modelo>>” (p. 100) y que usualmente: “El varoncito manifiesta un particular interés hacia su padre; querría crecer y ser como él, hacer sus veces en todos los terrenos. Digamos, simplemente: toma al padre como su ideal” (p. 99). Además: “emprende una cabal investidura de objeto de la madre” por lo cual, eventualmente: “El pequeño nota que el padre le significa un estorbo junto a la madre” (p. 99). De hecho, dice que es la norma que, cuando el vínculo libidinal con un objeto debe terminarse, el aparato responde transformando el lazo libidinal en lazo identificatorio, transformándose en el objeto perdido. Esta dimensión del concepto de yo se nos aparecía inconciliable con el desarrollo del capítulo anterior. Como se dijo, ¿Qué relación puede establecerse entre ambos? ¿A qué necesidad responde? ¿Por qué identificarse con alguien amado y perdido?

La respuesta a este interrogante se desarrolla recién en: “*El yo y el ello*” (1923) donde Freud explica que, cuando es necesario resignar el vínculo libidinal, se establece un vínculo identificatorio y el yo: “cobra los rasgos del objeto, por así decir se impone él mismo al ello como objeto de amor, busca repararle su pérdida diciéndole: <<Mira, puedes amarme también a mí; soy tan parecido al objeto...>>” (p. 32). En pos de mantener la estabilidad energética del aparato o de, al menos, no tender a la acumulación de energía frustrada en su descarga que causaría la pérdida del objeto, el yo se identifica con él y se ofrece él mismo como objeto para el ello. De esa manera se evitaría, al menos por

un tiempo, la estasis libidinal y se daría lugar al fenómeno de amor a sí mismo, extrañamiento del mundo exterior y complacencia que Freud describe como característicos del narcisismo. De hecho, según Freud, numerosas pérdidas y las sucesivas identificaciones que de ellas se suceden podrían ser peligrosas, en tanto: “Puede sobrevenir una fragmentación del yo si las diversas identificaciones se segregan unas a otras mediante resistencias” (p. 32). Esto deriva, fenomenológicamente, en un elevado sentimiento de sí temporal pues, como sabemos, sobre el autoerotismo pesa la prohibición que esfuerza a buscar un objeto externo nuevo a través del cual descargar las pulsiones. Sin embargo, sobre la causa de la identificación primaria con el “padre de la historia personal” no podemos decir nada, en tanto: “no parece el resultado ni el desenlace de una investidura de objeto; es una identificación directa e inmediata {no mediada}, y más temprana que cualquier investidura de objeto” (p. 33)

El superyó, por otro lado, es producto de: “de dos actores biológicos de suma importancia: el desvalimiento y la dependencia del ser humano durante la prolongada infancia”, en tanto, “cuando niños pequeños, esas entidades superiores nos eran notorias y familiares, las admirábamos y temíamos; más tarde, las acogimos en el interior de nosotros mismos” (p. 37) y, desde ese momento en adelante, comenzaron a operar su autoridad y a limitar la acción y los recorridos de la excitación desde el interior del propio aparato psíquico.

Por lo expuesto, podemos concluir que el yo es, al mismo tiempo, la función que administra la excitación, que ejecuta el exámen de realidad, que facilita o inhibe la descarga y que se ofrece a sí mismo como objeto de amor ante el ello cuando es necesario para impedir la acumulación de energía producto de una pérdida. Como vemos, el argumento de base sigue siendo económico: el aparato psíquico tiene como misión principal mantener lo más baja posible la cantidad de energía que lo afecta.

### **El yo como epifenómeno.**

En “El yo y el ello” (1923) tal y como en “Más allá del principio del placer” (1920) nos encontramos con el supuesto de que el yo es un simple epifenómeno de un proceso que, en definitiva, consiste en un esfuerzo de la sustancia viva por volver al estado inorgánico en el que no se produce ni se registra ninguna excitación, tendencia que en “El yo y el ello” (1923) se define como “pulsión de muerte” (p. 41) en oposición a la pulsión de vida que: “comprende la pulsión sexual no inhibida, genuina, y las mociones pulsionales sublimadas y de meta inhibida” y “la pulsión de autoconservación que nos es forzoso atribuir al yo” (p. 41). La relación entre ambas nos muestra la opinión de Freud respecto de la condición humana, las adquisiciones culturales, el yo y el superyó como rodeos que la humanidad ha encontrado para dar sentido a una existencia que, fundamentalmente, lo que persigue es su propio fin, por lo que: “la vida misma sería un compromiso entre estas dos aspiraciones” (p. 42).

Esto nos conduce a suponer que el yo, en la teoría de Freud, es simplemente un epifenómeno, es decir, un fenómeno accesorio que acompaña el fenómeno principal pero que no modifica la verdadera misión del aparato psíquico, aparato que existe producto de la perturbación que representa la génesis de la vida, perturbación que busca su propia rectificación. Todos los procesos sobre los cuales venimos reflexionando (yo, identificación, ideal del yo, internalización de la autoridad paterna) son, si se quiere, accesorios respecto de la misión del aparato psíquico que es una sola y que, hasta ahora, se ha mantenido inmodificada en la teoría de Freud: la descarga de la excitación, de la energía psíquica. Si entendemos que la vida es actividad, debemos suponer que está “hecha” de energía en tanto su disminución a cero implicaría, sino la muerte, al menos el cese de la actividad psíquica y la vuelta del aparato a un estado de reposo absoluto. Esto nos lleva a afirmar que, en la teoría de Freud, el yo es sólo un epifenómeno que acompaña pero no modifica los procesos esenciales y la orientación de la actividad psíquica que se dirige hacia el objetivo contrario: el yo busca el cumplimiento de los ideales, el “enriquecimiento” del individuo, mientras que las leyes a las que está sometido el aparato (la inercia neuronal desarrollada en el “Proyecto de Psicología”) tendería al fin opuesto, a terminar con la complejización de la vida y la vuelta hacia el estado anterior, inorgánico y simple.

Freud nos ofrece, casi al final, un resumen que nos parece valioso para cerrar este capítulo: “El ello es totalmente amoral, el yo se empeña por ser moral, el superyó puede ser hipermoral y, entonces, volverse tan cruel como únicamente puede serlo el ello” (p. 55) mientras que ahora: “Vemos al yo en su potencia y en su endebles” porque si bien “Se le han confiado importantes funciones” como: “ el ordenamiento temporal de los procesos anímicos”, el “examen de realidad”, aplazar las descargas motrices” y gobernar “los accesos a la motilidad” (p. 56) la batalla que el yo quiere librar parece ser una batalla perdida.

Sin embargo, aquí Freud nos propone una orientación y dice que, como: “El yo se desarrolla desde la percepción de las pulsiones hacia su gobierno sobre estas, desde la obediencia a las pulsiones hacia su inhibición (...) El psicoanálisis es un instrumento destinado a posibilitar al yo la conquista progresiva del ello” (p. 56). Si, según Freud en la Conferencia 31 de las “Nuevas conferencias de introducción al Psicoanálisis” (1932-1936), el psicoanálisis tiene como propósito: “fortalecer al yo,

hacerlo más independiente del superyó, ensanchar su campo de percepción y ampliar su organización de manera que pueda apropiarse de nuevos fragmentos del ello. Donde ello era, Yo debo devenir” (p. 74), podemos preguntar: ¿El psicoanálisis busca liberar las pasiones del yugo que les impone la cultura o busca dominarlas? Mantendremos esta pregunta hasta el final.

## **Conclusiones parciales sobre el recorrido por Freud**

Hasta aquí el recorrido que realizaremos por la bibliografía de Sigmund Freud. Podemos concluir que hay ideas rectoras que son base y estructura de la teoría: la dimensión energética del aparato psíquico y la necesidad de mantener dominados los montos de afecto con tendencia a la descarga a través de los objetos más próximos y fácilmente accesibles, en aras de mantener el principio de constancia, es una idea que nunca será abandonada y sin la cual el resto de las teorizaciones nos parece incomprendible. Por ejemplo, gracias a nuestro recorrido podríamos plantear: ¿Por qué sería la madre o su sustituto el primer objeto de amor? Porque es a través de ella que las fuentes pulsionales, las partes del cuerpo, las zonas erógenas, reciben la estimulación a través de las acciones específicas necesarias para la cancelación de la tensión, la descarga y el alivio. Como dijimos desde el inicio mismo de nuestro recorrido con el “Proyecto de Psicología” hasta ahora, el aparato tenderá a “recordar”, a “fijar” los modos a través de los cuales consiguió, en el pasado, una descarga exitosa para volver a dirigirse de ese mismo modo a ese mismo objeto cuando la necesidad se presente nuevamente.

Respecto al narcisismo planteamos como interrogante su relación con la función ejecutiva del yo: ¿Son dos formas de conceptualizar el yo completamente diferentes o tienen alguna relación entre sí? ¿El yo del “Proyecto de Psicología”, como función ejecutiva de administración, facilitación e inhibición de cargas tiene relación con el yo como objeto sexual del “Introducción del Narcisismo”? Nos encontramos con que, recién a partir de 1920, Freud nos provee una respuesta: el yo, a la hora de enfrentar la pérdida de un objeto amado, se identifica con él para entregarse a sí mismo como objeto sexual al ello, de manera tal de servir como objeto a través del cual garantizar la descarga pulsional para proteger al aparato psíquico de una elevación nociva de la energía, hasta que por fin pueda sustituirse el objeto externo perdido por otro. Esta es la explicación teórica que Freud proporciona al fenómeno de incremento del sentimiento de sí que el yo experimenta una vez superado el duelo por la pérdida de objeto, que luego encuentra su fin cuando debe volver a establecerse la relación con un objeto externo. Planteamos, además, la dificultad de explicar la razón por la cual el aparato se vería forzado a abandonar la colocación libidinal en el yo que llamamos narcisismo. Preguntamos: ¿Por qué, si el yo puede establecer un vínculo libidinal con sí mismo como objeto y, a través de la manipulación del propio cuerpo, alcanzar la satisfacción, se vería obligado a salir en búsqueda de objetos externos que pueden ser causantes de múltiples frustraciones? A ello, Freud responde con el complejo de castración que no solamente fuerza la finalización del lazo libidinal con meta sexual entre el niño y su madre sino que, además, prohíbe al individuo de la utilización de su propio cuerpo para fines sexuales, consecuencia de las amenazas que pesan sobre las manipulaciones que el niño realiza sobre su propio pene.

## **Introducción del yo en Lacan.**

La respuesta a la pregunta con la que cerramos el capítulo "El yo como epifenómeno" parece ser respondida por Lacan en su "El seminario, Libro 1: Los escritos técnicos de Freud" (1953-1954) cuando, en el inicio mismo de su enseñanza, plantea: "El ideal del análisis no es el completo dominio de sí, la ausencia de pasión", "Nunca un análisis culminó en la determinación de tal o cual índice de agresividad o erotismo" y "el *id* no es reducible a un puro dato objetivo, a las pulsiones del sujeto". Por otro lado, afirma: "El punto al cual conduce el progreso del análisis, el punto extremo de la dialéctica del reconocimiento existencial, es. *Tú eres esto*. Este ideal, de hecho, nunca es alcanzado". (p. 14) En este capítulo nos proponemos intentar dilucidar qué significan estas afirmaciones, hacia dónde nos orientan respecto de lo dicho por Freud.

En este Seminario, Lacan plantea que: "La reconstitución completa de la historia del sujeto es el elemento esencial, constitutivo, estructural del progreso analítico" (p. 26). ¿Cuál es el lugar que le corresponde al yo en este proceso en el cual: "se trata menos de recordar que de reescribir la historia" (p. 29)? . Según Lacan: "el yo está estructurado exactamente como un síntoma. No es más que un síntoma privilegiado en el interior del sujeto. Es el síntoma humano por excelencia, la enfermedad mental del hombre" (p. 32). Para aclarar a lo que se refiere, continúa: "¿Qué es el ego? Aquello en lo que el sujeto está capturado" (p. 33). Ese ego al que Lacan se refiere es aquél que se expresa en forma de: "defensas, negaciones, barreras, inhibiciones, fantasmas fundamentales que orientan y dirigen al sujeto" (p. 34). Según él: "desde las primeras investigaciones de Freud, la resistencia está vinculada a la noción de ego" (p. 43) y, recuperando a Freud, dice que el yo es: "representante de la masa ideacional" que se nos aparece, en el paciente, en la forma de: "una organización completa de certidumbres, creencias, coordenadas, referencias, que constituyen, hablando estrictamente, lo que Freud llamaba desde el comienzo un sistema ideacional" (p. 43). Esta definición es coherente con la síntesis del carácter que Freud presentaba en "El yo y el ello" (1923) como "yo coherente", en oposición a "lo reprimido escindido de él" (p. 19). La pregunta que Lacan propone es: "¿Es, sí o no, pura y simplemente la organización del yo lo que constituye, como tal, la resistencia?" (p. 44).

Hasta aquí, como vemos, en "El Seminario, Libro 1: Los escritos técnicos de Freud" Lacan recupera ideas que ya estaban presentes en Freud. Sin embargo, hay otras que, al menos basándonos en nuestro recorrido, son novedosas. Lacan afirma que "el sistema del yo no puede ni siquiera concebirse sin el sistema —si así puede decirse— del otro. El yo es referencial al otro. El yo se constituye en relación al otro. Le es correlativo" (p. 85). Esta idea no está presente en Freud, al menos explícitamente. El yo freudiano, tal y como lo hemos desarrollado aquí, es producto de la tendencia del aparato a intentar repetir las experiencias de satisfacción guiándose por las huellas mnémicas involucradas. Allí, en esas primeras experiencias, Freud supone la existencia de un adulto que provee la asistencia que suplementa el desvalimiento del niño. Sin embargo, aquí Lacan le da una dimensión diferente al concepto de "otro" y su relación con el yo. De hecho, en este Seminario la función que se le asigna mayoritariamente al yo en el análisis es: "función de desconocimiento" (p. 104) y se la asigna con intención de diferenciarse de la teoría del yo de Anna Freud que, según él: "habla del

hombrecito-que-está en el hombre, que tendría una vida autónoma en el sujeto y que estaría allí para defenderlo” (p. 104). Esta última definición ¿Podría ser rastreada en Freud? Allí donde él plantea la existencia de un yo cuyos procesos, en su mayoría, no son conscientes pero cuyo objetivo es la estabilidad energética y la medida o, como Lacan lo llama, “la posición mediana, moderada, que sería la del yo” (p. 111). La propuesta de Lacan, en principio, parece ser distinta en tanto postula que el análisis es: “reconocer qué función asume el sujeto en el orden de las relaciones simbólicas que cubre todo el campo de las relaciones humanas” (p. 111), en contraposición al fortalecimiento del yo planteado como conclusión del capítulo anterior.

Los textos de Freud fechados desde 1920 en adelante serán muy interrogados por Lacan. En “El seminario, Libro 2: El yo en la teoría de Freud y en la técnica analítica” (1954-1955) se pregunta por el por qué de la necesidad de Freud de: “introducir estas nuevas nociones metapsicológicas denominadas tópicos, que se llaman yo, superyó y ello” y, a ello, responde que, en la experiencia de Freud, se produjo una “crisis”, un “viraje” que comprende la producción entre 1910 y 1920. Antes de 1910: “En la época de las primeras revelaciones analíticas, los sujetos se curaban de forma más o menos milagrosa” pero: “esto funcionó cada vez menos”. Por ello, Lacan supone que: “hay alguna realidad (...) en la existencia de la subjetividad como tal, y sus modificaciones en el transcurso del tiempo según una causalidad, una dialéctica propia que va de subjetividad a subjetividad” y que por lo tanto “escapa a cualquier especie de condicionamiento individual” (p. 22). Lacan dice que en 1920 hubo una “crisis de la técnica analítica” y que la “fabricación de estas nociones” viene en respuesta a ella. Estas nociones, según él, son: “necesarias para mantener el principio de descentramiento del sujeto”. Sin embargo, dice, el efecto fue el contrario y se volvió nuevamente a creer: “que el yo es central” (p. 23). Esta creencia implicó la creación del concepto de “ego autónomo” que implica un: “sujeto que cree en sí, que cree que él es él, locura harto común”. La clave se sitúa, no en la creencia, sino en que: “En muchas circunstancias, muy precisas, dudamos, y sin sufrir por ello ninguna despersonalización“. Sin embargo, se propuso como horizonte terapéutico “volver a esa ingenua creencia” (p. 24). Volver a creer en el yo sería, entonces, volver a creer en: “la suma de los prejuicios que implica todo saber y que cada uno de nosotros, individualmente, arrastra” (p. 68), es decir, la suma de lo que el sujeto cree que sabe sobre sí mismo y que cumple la función de permitirle desconocer la existencia de un más allá. Por el contrario, dice Lacan: “que el inconsciente es ese sujeto ignorado por el yo, desconocido por el yo” (p. 72). En repetidas ocasiones durante este seminario, denuncia: “El retorno al yo como centro y común medida” y dice que, según él, dicho retorno: “no está implicado en absoluto en el discurso de Freud”. Según su diagnóstico, en los textos posteriores a 1920 y la “crisis de la técnica analítica, Freud: “más nos muestra al yo como un espejismo, como una suma de identificaciones”. El yo, para Freud, es la síntesis de la vida anímica coherente pero esa coherencia: “se sitúa, indudablemente, en el muy pobre punto de síntesis al que el sujeto es reducido cuando se presenta a sí mismo porque esta presentación de sí mismo en modo alguno es transparente para la conciencia del sujeto” (p. 313)



## El origen especular del yo

En su teoría del estadio del espejo, Lacan propone la existencia de una relación muy íntima entre el cuerpo, su imagen y el yo. A través de la experiencia con los espejos planos y cóncavos, el florero, el ramillete y la ubicación del ojo, nos presenta la posibilidad de que, por la posición particular de quien mira, la imagen que devuelve el espejo esté organizada como una unidad que no es “real” pero que produce, en el sujeto: “un dominio imaginario de su cuerpo prematuro respecto al dominio real” (p. 128), dominio voluntario de las “funciones motoras” que aún no posee, pero que: “anticipa la culminación del dominio psicológico, y esta anticipación dará su estilo al ejercicio ulterior del dominio motor efectivo” (p. 128). El resultado de esta experiencia es que el hombre: “experimenta que él se ve, se refleja y se concibe como distinto, otro de lo que él es” (p. 128). El resultado de que el sujeto vea la imagen de su propio cuerpo fuera de él es permitirle: “ubicar lo que es y lo que no es del yo” (p. 128). Ahora, como dijimos, lo fundamental para que se produzca esta experiencia es que el sujeto que mira esté posicionado correctamente. De lo contrario, el efecto imaginario no se producirá y: “verá las cosas tal como son, en su estado real, al desnudo, es decir el interior del mecanismo y, pobre florero vacío o bien unas desoladas flores” (p. 129). Si continuamos con la metáfora propuesta por Lacan, podría pasar que la ilusión de organización no se produzca y, con ello, la ausencia de los efectos que hemos detallado: la falta de diferencia entre lo que es yo y lo que no es yo. Además, en “El seminario, Libro 2: El yo en la teoría de Freud y en la técnica analítica” (1954-1955) Lacan agregará que el estadio del espejo es crítico en la constitución de la relación del sujeto con “todos los objetos de su mundo. Todos ellos poseerán un carácter fundamentalmente antropomórfico, digamos incluso egomórfico (p. 252), es decir, le impondrá su imagen a la realidad.

En el capítulo anterior, se postuló que el yo es un síntoma y es, en principio, imaginario, es la enfermedad mental del hombre y su función es de desconocimiento y, al mismo tiempo, de “síntesis” (p. 165). Podríamos aventurar que el yo es, entonces, una función de ilusión, en tanto es capaz de producir una imagen de organización y síntesis que puede operar como verdadera y que puede, al mismo tiempo, faltar.

Freud, en “Introducción del Narcisismo” (1914), afirma que “Es un supuesto necesario que no esté presente desde el comienzo en el individuo una unidad comparable al yo; el yo tiene que ser desarrollado” (p. 74). Lacan, en “El Seminario, Libro 1: Los escritos técnicos de Freud”, recupera esa misma afirmación y dice que la: “unidad comparable al yo, se constituye en un momento determinado de la historia del sujeto, a partir del cual el yo comienza a adquirir sus funciones” (p. 178). Aquí, sin embargo, debemos plantear como interrogante la relación entre las razones de uno y otro para realizar tales afirmaciones. Es decir, en la teoría de Freud, es necesario que el yo no exista desde el nacimiento porque su nacimiento, como dijimos, responde a la necesidad del aparato psíquico de reproducir las primeras experiencias de satisfacción a través de la repetición, acumulada en forma de huellas mnémicas, de las imágenes-movimiento y de las imágenes-deseo que llevaron a la aparición del objeto de satisfacción. El yo que Lacan nos propone, por otro lado: “se constituye sobre el fundamento de la relación imaginaria” (p. 178). De hecho, durante su exposición, cita a Freud y dice: “La función del yo

—escribe Freud— debe tener *eine neue psychische... Gestalt*. En el desarrollo del psiquismo aparece algo nuevo, cuya función es dar forma al narcisismo” (p. 128). En “Introducción del Narcisismo” (1914), respecto a esta misma cita que recupera Lacan, dice: “una nueva acción psíquica” (p. 74). Al no contar con el texto de Freud en idioma original, deberemos dejar este interrogante abierto. Sin embargo, hemos de hacer notar que a través del recorrido teórico realizado en capítulos anteriores, Freud se refiere en repetidas ocasiones al procedimiento a través del cual se origina el narcisismo, qué función cumple y ante qué situaciones es utilizado como recurso por el psiquismo. En ese sistema, no nos es claro cómo debemos insertar esta *gestalt* o forma ni cuál es la función que cumpliría en la teoría de Freud. Debemos admitir, también, que a lo largo del recorrido hecho por su obra no se nos aclara cuál sería el tipo o cualidad del acto psíquico involucrado en la constitución del narcisismo así que, bien podría ser la *gestalt* que propone Lacan.

El otro tiene una función central en la estructuración del yo. Según Lacan en su: “El seminario, Libro 1: Los escritos técnicos de Freud” su imagen tiene: “un valor cautivador” porque “representa la imagen unitaria tal como ella es percibida en el espejo”, es decir, es fascinante porque se produce la ilusión de completud que se opone a la fragmentación e impotencia del sujeto para el cual el otro: “se confunde (...) con el *ich-ideal*, ese ideal del yo constantemente invocado en el artículo de Freud” (p. 193). El vínculo que define esta relación de fascinación con el otro es definido por Lacan como “identificación narcisista” que: “permite al hombre situar con precisión su relación imaginaria y libidinal con el mundo en general” lo que significa que: “le permite *ver* en su lugar”, el lugar del otro, y: “estructurar su ser en función de ese lugar y su mundo” (p. 193). Hemos dicho que, que se produzca imagen virtual del estadio del espejo, depende de la posición desde donde se mira. Puede suceder que la posición en la cual se encuentra determinado sujeto, no favorezca la experiencia. Lacan sobre ello, aporta precisiones y dice que depende de: “la voz del otro”, es decir: “la relación simbólica” (p. 213). Este vínculo, según Lacan, se define: “por intermedio de la ley” del: “intercambio de símbolos” que sitúan: “nuestros diferentes yos los unos respecto de los otros” (p. 213) lo que implica que es la regulación simbólica del lazo, que define a un hijo respecto a un padre, un alumno respecto a un maestro, etc. lo que determina que la identificación narcisista a la imagen ideal del otro se produzca y, con ello, el yo. Más aún: “la relación simbólica define la posición del sujeto como vidente” (p. 214) y, a través de esta relación, poder responder: “¿Cuál es mi deseo? ¿Cuál es mi posición en la estructuración imaginaria?” siendo, el ideal del yo: “ese guía que dirige al sujeto” (p. 215). Ahora, lo que otra vez propondremos recordar es que este yo que es subsidiario de la guía que proporciona el ideal del yo es, a la vez, un yo que Lacan plantea estructurado como un síntoma, como la enfermedad mental del hombre. Es decir, al mismo tiempo, parece proponer al yo como una función central en la constitución y humanización de la realidad y la sede de, al menos, un número considerable de problemas. Como el yo es, por definición, una construcción que es necesario desarrollar, también es “descomponible, desmontable” e “impreciso en cuanto a sus límites” (p. 229). Estas propiedades del yo ¿Constituyen sus virtudes o sus defectos? Teniendo en cuenta que, según Lacan, el “tercer período” comprendido por los textos: “Más allá del principio de placer”, “Psicología de las masas y análisis del

yo” y “El yo y el ello” es un período donde: “La función del yo desempeña, cada vez más, ese papel problemático que ya tiene en los textos del tercer período de Freud” (p. 244)

Lacan dice que: “después de Freud, toda la historia del psicoanálisis se confunde con el retorno a la concepción, no tradicional, pero sí académica, del yo como función psicológica de síntesis” (p. 247) y, a esa concepción, se opone la que él considera que es la que dice Freud “con todas las letras (...) pese a todas las dificultades que tuvo con la formulación del yo nunca perdió el hilo — *metapsicológico*” (p. 247). El rechazo al análisis entendido como análisis de las resistencias parece ser total.

En “El seminario, libro 2: El yo en la teoría de Freud y en la técnica analítica” (1954-1955) Lacan se pregunta: “¿Operar sobre las formas de actuar del yo, o explorar el inconsciente, acaso son del mismo orden? ¿Son complementarios los dos sistemas?” (p. 96) interrogando la tendencia a creer que el análisis es el análisis de las resistencias del yo y responde por la negativa, en tanto, si bien: “Al comienzo del Más allá, Freud nos representa los dos sistemas, y nos muestra que lo que es placer en uno se traduce por aflicción en el otro” esto no puede ser así ya que: “si hubiera simetría, reciprocidad, perfecto acoplamiento de los dos sistemas” lo que sucedería es que: “Al operar sobre el yo y la resistencia, al mismo tiempo se tocaría el fondo del problema” pero no sucede así. Lo que vemos, por el contrario, es que el síntoma: “se traduce por un displacer, un sufrimiento, y, sin embargo, siempre vuelve” lo que nos lleva a preguntar: “Si el sistema nervioso está destinado a alcanzar una posición de equilibrio, ¿por qué no lo consigue?” (p. 104).

La existencia de un “más allá del principio del placer” es el interrogante que Freud propone ante el fenómeno de insistencia del síntoma y de la resistencia que el yo opone a la curación que vendría con la descarga de la energía que quedó impedida, en estasis, a causa de la represión. Lacan, dice que: “Más allá de las homeostasis del yo existe una dimensión, una corriente distinta, una necesidad distinta” lo cual ya, de por sí, es una novedad ya que el argumento energético en la obra de Freud es fundamental. Lacan, a diferencia de Freud que plantea que lo reprimido empuja, presiona por expresarse para descargar la energía que trae consigo, dice que: “No podemos hacer entrar en el principio del placer esa compulsión a volver de algo que fue excluido del sujeto o que nunca entró en él, lo *Verdrängt*, lo reprimido” sino que, por el contrario: “Si el yo como tal se reencuentra y se reconoce, es que hay un más allá del ego, un inconsciente, un sujeto que habla, desconocido para el sujeto. Tenemos que suponer, entonces, un principio diferente” (p. 259). ¿Qué principio debemos suponer, si el imperio del principio del placer no es total? ¿Por qué el síntoma insiste y el sujeto repite, si el objetivo no es la descarga? Según Lacan, el fundamento de “la insistencia repetitiva” es “El mundo del símbolo” que “es alienante para el sujeto o más exactamente, es causa de que el sujeto se realice siempre en otro lugar, y de que su verdad le esté siempre en alguna parte velada.” (p. 315). El yo fallaría, encontraría su límite en su capacidad de producir una síntesis imaginaria coherente a causa del propio funcionamiento del mundo del símbolo que produce desplazamiento y no cristalización del sentido. Si, de hecho, el sentido parece cristalizarse es porque el yo intenta detener y fijar, para el sujeto, una imagen de sí mismo coherente. Este esfuerzo, por la articulación inseparable entre lo

imaginario y lo simbólico, es imposible de realizar exitosamente. Este forzamiento, según Lacan, está particularmente presente en la neurosis obsesiva, donde: “la incidencia mortal del yo es llevada al·máximo”. La razón de esta mortificación es que: “se apega a su yo, que lleva en sí la desposesión y la muerte imaginaria”. Esta mortificación es causada por la particular presencia y solidez del yo y su resultado es la ausencia de deseo. El neurótico obsesivo: “En la medida en que evita su propio deseo, presentará todo deseo en el cual se embarque, así fuese en apariencia, como deseo de ese otro él mismo que es su yo” (p. 400). Como vemos, para Lacan, el yo es obstáculo directo del deseo.

## **El yo (je) como función de desconocimiento.**

Lacan, en “El seminario: Libro 1: Los escritos técnicos de Freud” (1953-1954) presenta una teoría del yo que se propone trascender la psicología y se sustenta en la dimensión del lenguaje. Pregunta: “¿Qué significa decir yo (je)?, ¿Significa acaso lo mismo que el ego, concepto analítico?” porque el yo es un concepto que proviene de la psicología, en tanto: “hay psicología cuando se trata de la observación de lo que ocurre en el hombre”. Lacan, por otro lado, propone que: “Yo (je) es un término verbal cuyo empleo es aprendido en una cierta referencia al otro, referencia que es una referencia hablada. El yo (je) nace en referencia al tú” (p. 247). Lo fundamental aquí es que el yo es producto de una relación simbólica: “una relación donde el otro le manifiesta... ¿qué? órdenes, deseos, que él debe reconocer; órdenes y deseos de su padre, su madre, sus maestros, o bien de sus pares y camaradas” (p. 248). El yo es la respuesta ante las órdenes y deseos de los otros que es preciso reconocer en tanto de ellos se depende. Dicho reconocimiento es, incluso, más importante que el reconocimiento de los “propios” deseos, propiedad en sí misma problemática en tanto los recursos para reconocer estos propios deseos, al menos en el origen mítico, faltan. Esto lleva a Lacan a preguntar: “¿Cómo lograría además reconocer sus deseos? Nada sabe de ellos” y debemos pensar que nada sabe de ellos porque: “los adultos deben buscar sus deseos. De no ser así, no necesitarían del análisis”. Esta última afirmación nos permite volver a plantear la función del yo como función de desconocimiento.

En “El seminario, Libro 2: El yo en la teoría de Freud y en la técnica psicoanalítica” (1954-1955) Lacan retoma la cuestión del yo como función de desconocimiento y dice que la originalidad de la obra de Freud afecta: “la idea de sí mismo” que cultiva el hombre contemporáneo, que cree: “estar constituido de tal o cual modo” y: “la técnica de Freud, en su origen, trasciende esta ilusión” (p. 13). Como sabemos, desde Freud el yo está hecho de una sumatoria de identificaciones, lo cual lleva a Lacan a afirmar que: “el yo es algo así como la superposición de los diferentes mantos tomados de lo que llamaré el revoltijo de su guardarropía” (p. 236), de ropas, de disfraces con los que algo se cubre y esconde. En aras de ilustrar la concepción del yo que pertenece a la psicología “clásica”, lo define como: “la aprehensión espontánea que tenemos de nuestros pensamientos, tendencias, deseos, de lo que es nuestro y de lo que no es nuestro”, es decir: “de lo que admitimos como expresiones de nuestra personalidad o de lo que rechazamos como parásito en ella” (p. 15) y, sin embargo, Lacan en su propuesta cuestiona cuán “esencial” es a nosotros mismos nuestra propia personalidad. Cuando el individuo habla de sí mismo, ¿Eso es él?. Aunque: “la consciencia es transparente a sí misma”, tal y como sucede con el objeto: “el yo (je) no por ello le es transparente”. La tendencia de la historia del pensamiento, según el recorrido que propone Lacan: “nos llevaron a una noción del yo cada vez más puramente formal” y, por lo tanto, se alejó cada vez más: “de la idea de que el yo fuese sustancia” (p. 16), porque la función del yo tiende a mantener o encubrir: “el sustancialismo implicado en la noción religiosa del alma, en cuanto sustancia revestida, por lo menos, con las propiedades de la inmortalidad” (p. 17) es decir, la suposición de la existencia de un fondo inmanente que subyace a lo aparente que los “mantos” del yo vendrían a recubrir. Ante esta idea de

que existe algo que está “en la base” o “en el centro”, dice Lacan, “el descubrimiento freudiano tiene exactamente el mismo sentido de descentramiento que aporta el descubrimiento de Copérnico” y que se podría cristalizar en la afirmación: “*yo es otro*” (p. 17). ¿Quién o qué sería este otro? “¿Su semejante, su prójimo, su ideal del yo (je), una palangana?” (p. 18). Según Lacan, no sería ninguno de ellos, sino el inconsciente, que: “escapa por completo al círculo de certidumbres mediante las cuales el hombre se reconoce como yo”. Fuera de este campo: “existe algo que posee todo el derecho a expresarse por yo (je)”. Este “algo” es el inconsciente, término que Lacan postula como problemático, porque lleva a Freud: “a hablar de pensamientos (...) inconscientes” (p. 18). Estas afirmaciones nos permiten diferenciar al yo (moi), sede de las certidumbres que Lacan califica de “enfermedad mental” y que es el que hace funcionar el desconocimiento, del yo (je) que se expresa en análisis como desconocido por el yo (moi). En definitiva, en la obra de Freud: “Todo se organiza cada vez más en una dialéctica donde el yo (je) es distinto del yo” (p. 19) lo cual, para Lacan, significa que: “el sujeto está descentrado con respecto al individuo. Yo es otro quiere decir eso” (p. 20) por lo cual, quizás, si el análisis implica la búsqueda de una verdad, dicha búsqueda debe estar orientada hacia una dirección que no es el centro en tanto, dicho centro es esencialmente una ilusión que está allí, justamente, para operar como tal “obturando” con su coherencia al inconsciente. De hecho, cuando se contraponen el yo al inconsciente, Lacan se interroga respecto de la ontología con la que trabaja el psicoanálisis, porque: “cuando Freud trata sobre el proceso primario” lo define como el: “*núcleo de nuestro ser*”. En la teoría psicoanalítica: “El núcleo de nuestro ser no coincide con el yo”, pero esa afirmación, dice Lacan, generalmente es utilizada de manera tal que se postula que: “el yo (je) del sujeto inconsciente no es yo”, es decir, se concluye que el: “yo (je) es el verdadero yo. Se imaginan que el yo es tan sólo una forma incompleta, errónea, del yo (je)” (p. 72). El efecto de postular que el sujeto del inconsciente es “el verdadero yo” es producir el: “descentramiento esencial en el descubrimiento freudiano, pero de inmediato lo redujeron” lo cual anula la primer operación y: “restaura la unidad”. Esto sucedió, como se dijo, porque: “la primera fecundidad del descubrimiento analítico se agotaba en la práctica” y: “se volvió a lo que llaman el análisis del yo, pretendiendo encontrar en él el exacto reverso de lo que había que demostrarle al sujeto”. Ante esto, Lacan concluye: “Sin duda, el verdadero yo (je) no es yo”. El yo, por el contrario, es: “un objeto que cumple una determinada función que aquí denominamos función imaginaria”. Según él, entonces, la verdadera intención de Freud, a partir de 1920, fue: “restablecer en su lugar a un yo que empezaba a deslizarse otra vez hacia su antigua posición” (p. 73). Por el contrario, la propuesta de Lacan es de un extrañamiento absoluto respecto del yo que lo define como: “lisa y llanamente un objeto”. A nivel del estadio del espejo hay, por un lado: “tendencias, experimentadas (...) como desconectadas, discordantes, fragmentadas” y, por otro lado: “una unidad con la cual se confunde y aparea”. El resultado de este apareamiento es la asunción de una imagen en la cual: “el sujeto se conoce por vez primera como unidad, pero como unidad alienada, virtual” (p. 81). Cabe preguntarse, entonces: “¿en qué momento soy verdaderamente yo? ¿En el momento en que no estoy contento, o en el momento en que estoy contento porque los otros están contentos?”, es decir, ¿Dónde está el verdadero ser? ¿La alegría viene de adentro y se expresa descargando hacia afuera,

como sabemos desde Freud? “Cuando se trata del hombre, tal relación entre la satisfacción del sujeto y la satisfacción del otro -entiéndanlo bien, en su forma más radical- siempre está en tela de juicio” (p. 354).

Lacan, en “El seminario, Libro 1: Los escritos técnicos de Freud” (1953-1954) afirma que el yo tiene como función desconocer y que esto implica que “no sabe nada de los deseos del sujeto” y que en el análisis: “comprometemos al sujeto, implícitamente, en la búsqueda de una verdad” (p. 249) que el yo tiene como función esconder. No obstante, aclara: “desconocimiento no es ignorancia” ya que desconocer requiere: “cierta organización de afirmaciones y negaciones a las que está apegado el sujeto”, es decir, “hay conocimiento de lo que hay que desconocer” (p. 249). La operatoria propia del desconocimiento produce, entonces, el desconocimiento de que allí se realizó efectivamente una operación, funcionamiento que debemos emparentar con el de la represión que se produce no sólo sobre lo reprimido sino sobre las huellas de la operación represiva misma, en tanto hay un “conocimiento que orienta y dirige el desconocimiento” (p. 250).

En los animales, la función imaginaria está orientada por “la proyección de ciertas relaciones, de ciertas Gestalten que organizan ese mundo y lo hacen específico para cada animal” mientras que: “En el hombre no ocurre nada semejante” porque: “Sus comportamientos parciales, su relación con el objeto -el objeto libidinal- están sometidos a una diversidad de avatares. La síntesis fracasa”. Esa síntesis que sí se produce en los animales, según Lacan, se expresa en una: “verdadera guía para la vida” (p. 250). En el ser humano esta guía no se produce y, en su lugar, hay: “*introyección*” en el “momento del ocaso del complejo de Edipo”, donde: “se produce algo así como una inversión: lo que estaba afuera se convierte en el adentro, lo que era el padre se convierte en el superyó”. En vez de establecer una relación de reconocimiento con el semejante que desata respuestas instintuales en el organismo, el hombre: “sabe que es un cuerpo, cuando en realidad no hay ninguna razón para que lo sepa, puesto que está en su interior” y lo sabe porque: “se aprehende como cuerpo, como forma vacía del cuerpo, en un movimiento de báscula, de intercambio con el otro”. Este intercambio se expresa, fenomenológicamente, reconociendo “invertido en el otro todo lo que en él está entonces en estado de puro deseo, deseo originario, inconstituido y confuso”. Lo fundamental allí es, entonces, que aún no hay yo y no-yo, yo y tú o mío y ajeno. No hay, por así decir, autoría. Por el contrario: “Antes que el deseo aprenda a reconocerse -pronunciemos ahora la palabra- por el símbolo, sólo es visto en el otro” (p. 253) y la tensión que provoca la especularidad del deseo previo al ordenamiento del lenguaje “no tiene salida” que no sea “la destrucción del otro” (p. 254).

Para hablar del yo, Lacan analiza “El yo y el Ello” de Freud y dice que: “se lee mal, pues sólo se piensa en el famoso esquema para imbéciles, con los estadios, la pequeña lente, los costados, la cosa que entra y que él llama superyó”, aseveración que es una de las tantas que motiva los interrogantes que llevaron a la realización de este trabajo. Retoma a Freud en que: “el yo está formado por la sucesión de las identificaciones con los objetos amados que le permitieron adquirir su forma” e incluso utiliza la misma metáfora en la que el yo: “se asemeja a una cebolla” (p. 255). Ahora bien, la íntima relación que Lacan propone entre el yo, el deseo y el otro implica que: “después de un primer juego de

báscula, por el cual, precisamente, cambió su yo por ese deseo que ve en el otro”. Es decir, en un primer “momento” el yo es el deseo que se advierte en el otro y: “A partir de entonces, el deseo del otro, que es el deseo del hombre, entra en la mediatización del lenguaje” porque: “Es en el otro, por el otro, que el deseo es nombrado” (p. 263). Esto implica que, a diferencia de Freud, Lacan propone que, al menos en el origen, yo es otro y específicamente es el deseo del otro, deseo que luego necesariamente deberá pasar por la mediatización del lenguaje para poder operar con él. Como ejemplo de la posibilidad de operar con el lenguaje, Lacan propone el Fort-Da, donde se trata de: “un objeto transformado, un objeto con función simbólica, un objeto desvitalizado que es ya un signo” (p. 264)

Esto último lleva a Lacan a repensar la libido. Se pregunta: “¿Qué es ese amor genital, presuntamente logrado?”, ¿Es un “proceso natural” o una “relación cultural” (p. 267) lo que lo produce? De hecho plantea la necesidad de diferenciar entre dos libidos: una libido “primitiva” que establece una relación “con su imagen debido a .que llega al mundo, estructuralmente, en estado prematuro” (p. 266) y una: “segunda libido (...) de naturaleza diferente.” en tanto lo que se produce es que: “La relación con la imagen narcisista pasa al plano de la *Verliebtheit* (...) que corresponde fenomenológicamente al registro del amor” (p. 267) y el valor que tiene esta diferenciación entre las dos libidos o la transformación de una en otra radica en que, en el Complejo de Edipo: “El padre constituye primero una de las figuras imaginarias más manifiestas del *Ideal-Ich*“, relación que se caracteriza por estar cargada con “*Verliebtheit*”, es decir, amor y, al mismo tiempo, cambiar rápidamente a: “agresión, de rivalidad y de odio hacia el padre” y esto: “oscila durante un cierto tiempo” (p. 268). En conclusión, si la relación se despliega en el plano imaginario, según Lacan, tenderá a oscilar entre la fascinación y el odio. En apoyo a esta afirmación, dirá que durante el tratamiento invitamos al paciente a: “desatar las amarras de la palabra” (p. 268) ya que, sueltas estas amarras, estos pactos entre interlocutores, el vínculo queda en el plano imaginario y: “hace variar, espejear, oscilar, completar y des-completar la imagen de su yo” lo que, según él, le permitirá: “reconocer todas las etapas de su deseo, todos los objetos que aportaron a esa imagen su consistencia, su alimento, su encarnación” y, en definitiva, constituir: “mediante reposiciones e identificaciones sucesivas, la historia de su yo” (p. 269) lo que sería, de alguna forma, averiguar cuáles son las imágenes, las capas de la cebolla de las cuales el yo está hecho. Lacan concluye que, en el tratamiento, la relación con el analista tiende a producir: “en la imagen de sí, variaciones (...) como para que el sujeto perciba las imágenes cautivantes que se encuentran en la base de la constitución de su yo” (p. 269).

En definitiva, Lacan propone que el yo entra en juego en el análisis y tenemos como objetivo desarmarlo, desandar los caminos de su formación. Nos propone, como representante de la “ego-psychology” a Balint, que plantea el “reforzamiento del ego en el transcurso del análisis” (p. 286) y, a él, le opone a Freud, en tanto: “nos muestra que en el sujeto humano hay algo que habla, que habla en el pleno sentido de la palabra, es decir algo que miente, con conocimiento de causa, y fuera del aporte de la conciencia”. La disposición a escuchar a esto otro que habla es llamado por Lacan

“reintegrar la dimensión del sujeto” y lo que produce es la destitución del yo de su “posición absoluta” (p. 287) asignándole el estatuto de: “espejismo; como el resto de las cosas, no es sino un elemento más de las relaciones objetales del sujeto” (p. 288). Sin embargo, aunque la propuesta de Lacan parece ser clara, se pregunta: “Cuando Freud escribe *Allí donde el ello estaba, allí el ego debe estar*, ¿es preciso acaso comprender que se trata de ampliar el campo de la conciencia?” (p. 288) pregunta que, recuperando a Freud, es difícil de responder en tanto, en principio, lo que Freud dice en la “Conferencia N° 31” de sus “Nuevas conferencias de Introducción al Psicoanálisis” (1932-1936), en el pasaje inmediatamente anterior al citado por Lacan, es que el propósito del psicoanálisis es: “fortalecer al yo, hacerlo más independiente del superyó, ensanchar su campo de percepción y ampliar su organización de manera que pueda apropiarse de nuevos fragmentos del ello. Donde ello era, Yo debo devenir” (p. 74). Sin embargo, es necesario aclarar que no podemos afirmar que “ensanchar el campo de percepción” sea equivalente a “ensanchar el campo de conciencia” ya que, desde el modelo del aparato psíquico del “Proyecto de Psicología” en adelante, Freud propuso que la conciencia recibe una proporción pequeña de los estímulos a los que está expuesto el aparato en su polo perceptivo, que establece una suerte de jerarquización de estímulos a través de la “barrera anti-estímulos” y que, en definitiva, implica que la conciencia no advierte la mayoría de los procesos que se encuentran sucediendo en el aparato ni los estímulos que lo afectan desde fuera. De allí, creemos, surge la necesidad de Freud de afirmar, en repetidas ocasiones, que no todo el yo es consciente. Lacan, en “El seminario: Libro 1. “Los escritos técnicos de Freud” (1953-1954), dice: “¿es preciso acaso comprender que se trata de ampliar el campo de la conciencia? ¿No se trata más bien de un desplazamiento?” (p. 288).

En definitiva, según Lacan: “El progreso de un análisis no consiste en la ampliación del campo del ego, no es la reconquista por el ego de su franja desconocida: es un verdadero vuelco, un desplazamiento” sino, por el contrario, se trata: “de un crepúsculo, de un ocaso imaginario del mundo”. Es en ese momento: “lo contingente cae -el accidente, el traumatismo, las dificultades de la historia-. Y es entonces el ser el que llega a constituirse” (p. 339).

Clínicamente, la orientación que propone Lacan difiere de la orientación que él critica a lo largo de ambos seminarios. En “El seminario, Libro 2: El yo en la teoría de Freud y en la técnica analítica” (1954-1955) define que la perspectiva de la “ego-psychology”, aquella que busca aliarse con el “yo sano” y fortalecerlo procura: “que el sujeto pase de una realidad psíquica a una realidad verdadera (...) sobre el modelo del yo del analista” (p. 368). Su propuesta, por el contrario, busca que el analista sea un sujeto tal que en él: “el yo esté ausente. Este es el ideal del análisis, que, desde luego, es siempre virtual. Nunca hay un sujeto sin yo, un sujeto plenamente realizado, pero es esto lo que hay que intentar obtener siempre del sujeto en análisis” (p. 369). De hecho, es tan categórico su rechazo respecto de la inclusión del yo del analista que incluso cuando la ausencia de yo es imposible, dice: “No crean por ello que después de un análisis el yo se volatilice: sea ese análisis didáctico o terapéutico, no asciende uno al cielo, desencarnado y puro símbolo” (p. 480). La descarnadura y el puro símbolo serían “el cielo”, el ideal imposible al que se aspira en análisis.

. Como vemos, la oposición entre una propuesta de la dirección de la cura y otra es absoluta en lo que de las concepciones del yo se desprende. El objetivo de que el yo del analista esté ausente es que el analista no sea: “un espejo viviente sino un espejo vacío, lo que pasa, pasa entre el yo del sujeto -en apariencia siempre habla el yo del sujeto- y los otros” (p. 369). Es decir, que a través del analista el sujeto despliegue el “mapa” de los vínculos que lo unen a los otros de los que habla. A diferencia de la propuesta de la que Lacan se diferencia, aquí: “El análisis consiste en hacerle tomar conciencia de sus relaciones, no con el yo del analista, sino con todos esos Otros que son sus verdaderos garantes, y que no ha reconocido” Lo cual implica que, con y a través del analista que se posiciona frente a él como espejo vacío: “el sujeto descubra de una manera progresiva a qué Otro se dirige verdaderamente aún sin saberlo, y de que asuma progresivamente las relaciones de transferencia en el lugar en que está, y donde en un principio no sabía que estaba” (p. 370). Finalmente, Lacan toma posición respecto de la frase de Freud de la “Conferencia 31” y dice: “A la frase de Freud, *Wo Es war, soll Ich werden*, puede dársele dos sentidos. Tomen a este Es como la letra S. Allí está, siempre está allí. Es el sujeto” lo cual, clínicamente, nos orienta: “Al final del análisis es él quien debe tener la palabra, y entrar en relación con los verdaderos Otros. Ahí donde el S estaba, ahí el Ich debe estar” lo cual significaría que: “Es ahí donde el sujeto reintegra auténticamente sus miembros disgregados, y reconoce, reunifica su experiencia”. Esta propuesta, como vemos, implica el despliegue del inconsciente durante el análisis y el repliegue del yo a su mínima expresión posible, para producir una modificación en el sujeto. Creemos que, de esta frase, puede concluirse que ese yo que, al final, se ubica en S, es un yo cualitativamente distinto al que encontramos al inicio de un psicoanálisis. Por ello, Lacan se diferencia de quienes proponen el fortalecimiento de ese yo, la confirmación de la suma de los prejuicios que lo componen y dice: “Que el sujeto acabe por creer en el yo es, como tal, una locura“ (p. 370)

## **Conclusiones**

A modo de conclusión podemos decir que, en el recorte y modalidad elegida para este trabajo, la conceptualización del yo en Freud y en Lacan parecen ser parcialmente distintas. Hemos de recordar que la hipótesis de este trabajo sostiene que la relación entre las obras de uno y otro es de “diferencia y/o oposición” y, al respecto, debemos concluir que es Lacan quien, en repetidas ocasiones durante ambos seminarios, manifiesta que lo que él está diciendo ya puede ser leído o supuesto “entre líneas” en Freud.

Podemos decir que en donde más hemos encontrado diferencias entre Freud y Lacan es en la base de sus argumentaciones. La argumentación Freudiana, como quedó demostrado desde el inicio con el “Proyecto de Psicología” hasta el final en “El yo y el ello” y las “Nuevas conferencias de introducción al psicoanálisis” sostiene sus postulados en supuestos biológicos, adaptativos y energéticos. De hecho, si el supuesto de que el aparato psíquico está encargado de administrar cantidades de excitación que afectan representaciones fuese falso o debiera ser abandonado por alguna razón, todo el resto de la argumentación freudiana por fuerza caería también en tanto la razón última de los conceptos como el yo, el Complejo de Edipo, los sueños, los síntomas, la represión, es energética. El yo existe por la necesidad del aparato de dominar montos de afecto de los cuales no se puede huir, a través de acciones específicas para cada estímulo que no son instintivas sino que provienen de la historia de las atenciones que ha recibido el niño en su desarrollo, que quedan fijadas en las huellas mnémicas. El Complejo de Edipo es un complejo universal porque todos los niños, para sobrevivir, necesitan de otra persona más experimentada que los asista y les permita ligar el llanto como pura respuesta refleja al aumento de excitación, a la acción específica que cancela la necesidad y produce el alivio. Esta otra persona será depositaria de este amor infantil e incestuoso porque es quien suscitó las sensaciones placenteras a través de la manipulación del cuerpo del niño. Los sueños son la forma que el aparato psíquico encuentra de administrar la energía no descargada de los deseos inconscientes y reprimidos durante el dormir, para que el individuo no se despierte. La represión es un mecanismo de defensa que se caracteriza por quitarle energía a una representación intolerable y dirigirla, vía inhibición y facilitación, a otra representación. La razón por la cual, según Freud, los seres humanos sufren está dada por lo mismo que explica su éxito y desarrollo: la vida cultural que se sostiene y fundamenta en la represión de las tendencias primitivas y su sustitución por aspiraciones más elevadas que desvían a la pulsión de su objeto imponiéndole una educación siempre fallida porque la tendencia original es ineducable y el objeto original es irrenunciable. En suma, el yo sería un epifenómeno de un proceso que excede al yo, al carácter, a la consciencia de los individuos y que consiste en transformarse en un sustancia viva para transportar el plasma germinal hacia la creación de una nueva vida y la conservación de la especie y luego morir del modo que cada uno trae escrito en su filogénesis. Lo más llamativo, a nuestro criterio, de la propuesta de Freud es su particular definición de la vida como tensión de la cual el aparato bien querría desembarazarse a través de la descarga de la excitación que produce la existencia del yo y la consciencia.

Lacan, por otro lado, asevera que hubo un momento del desarrollo de la técnica analítica donde las interpretaciones tenían un efecto curativo y que eso, hacia mediados de la teorización, dejó de suceder y postula que los conceptos posteriores a 1920 que reflexionan sobre la reacción terapéutica negativa y el yo como sede de las resistencias al análisis vienen en respuesta a ello. Lacan también plantea que el yo es resistencia al análisis y diferencia el yo (je) como sujeto del inconsciente y yo (moi) como suma de los prejuicios y creencias que el hombre construye sobre sí mismo, sede de la ilusión, hecho de identificaciones y sostenido en la tensión agresiva con la imagen ideal del semejante. Sin embargo, una de nuestras preguntas quedará inconclusa: ¿Es, el yo (je), el verdadero yo? Lacan parece respondernos que no lo es, pero no nos responde cuál sí lo es, si es que lo hay. En este sentido, al no haber incluido al sujeto inconsciente dentro de nuestro recorte, sólo podemos quedarnos con esto: definitivamente, el yo (moi) es obstáculo a la curación analítica y el yo (je) es quien debe desplegarse en ella a través del analista que se ofrece a sí mismo como espejo vacío. Sin embargo sabemos que, más adelante, propondrá que el inconsciente está estructurado como un lenguaje y que el inconsciente es el discurso del Otro. El lenguaje y el discurso están siempre en el campo del Otro, por lo cual debemos suponer que, quizás no a nivel de los seminarios analizados pero sí más adelante en la teorización, Lacan ubicará a ese yo (je) como, también, irremediabilmente ligado al Otro.

Lacan afirma que yo es otro. Las implicancias de dicha afirmación en la teoría no podemos precisarlas en este trabajo pero, al menos a nivel de los primeros dos seminarios, parece ser una conceptualización novedosa respecto del yo. De hecho, incluso el yo (moi) puede ser otro, en tanto es a través de la imagen de otro y de la función que el otro asume en la estructuración del yo que puede formarse como tal. Como dijimos en capítulos anteriores, la experiencia del estadio del espejo depende de las posiciones que se asumen y puede ser que dichas posiciones no favorezcan la producción de la articulación entre la imagen real fragmentada del cuerpo y la imagen virtual que anticipa una organización que aún falta. Lacan, en ello, es taxativo: el fortalecimiento del yo que, hemos de decir, es propuesto por Freud en la “Conferencia N° 31” no es el camino que debemos seguir en un psicoanálisis, si entendemos al yo como aquella instancia psíquica encargada de mediar entre las exigencias de satisfacción del ello, las prohibiciones e ideales del superyó y los embates y limitaciones de la realidad exterior. Este fortalecimiento sólo implicaría invitar al analizante a rigidizar las creencias que sostiene sobre sí mismo y sobre lo que él es mientras que el psicoanálisis busca, según Lacan, una modificación subjetiva que desplace al yo y lo reduzca a su mínima expresión, al menos durante el tratamiento.

Por lo expuesto, nos gustaría, a modo de cierre, dejar planteados algunos interrogantes de los innumerables que se pueden extraer de la teorización de Lacan. En principio: ¿Qué relación podemos establecer entre el yo (je) como sujeto del inconsciente y el inconsciente como discurso del Otro? ¿Es, el objetivo del psicoanálisis, el arribo a la asunción de un yo “más verdadero”? Es decir, ¿Cuál es la ontología del psicoanálisis lacaniano? Y, por último, recordando una de las preguntas que orientó nuestra exposición: ¿El psicoanálisis busca liberar al hombre del yugo moral que recae sobre las

pasiones o, por el contrario, busca auscultar al individuo en su intento por dominarlas? Si el psicoanálisis se enfrenta a las prohibiciones morales, ¿El fin del análisis es el nihilismo?

En conclusión, excediéndonos del recorte propuesto y en base a mi recorrido irregular e intuitivo por la obra de Lacan, es nuestra impresión que lo que él nos propone es desembarazarnos de la ilusión de que somos “yo” ya que, quizás, el yo y aquello que lo compone no sea suficiente para explicar el malestar de los seres humanos. A nuestro criterio, lo que Lacan busca es trascender la intuición o ilusión que nos lleva a creer que existe un yo diferenciado de un otro, un mundo exterior de un mundo interior y que, por otro lado, si bien es cierto que es necesaria la existencia de esta ilusión para el funcionamiento del psiquismo, quizás a la hora de dirigir un tratamiento debamos considerar que donde “parece” haber un yo o un ser hay, al menos, más de uno. Quizás, y es nuestra impresión, lo que “yo es otro” quiere decir que cuando dirigimos nuestra mirada al núcleo de nuestro ser esperando encontrar, como dice Lacan, un ideal, una definición del ser, un “Tú eres esto”, un “yo en sí” inmutable que se mantiene esencial respecto a lo cambiante producido por las vicisitudes de la vida, es posible que nos encontremos con que allí, en el centro donde Freud pone al yo en su esquema de la segunda tópica del aparato psíquico, sólo nos encontremos con un agujero ligado irremediabilmente al Otro, en una inmisión de puro lazo.

## **Bibliografía**

- Universidad Autónoma de Entre Ríos. Facultad de Humanidades, Artes y Ciencias Sociales. Resolución 0663/2019. “Reglamento del Trabajo Integrador Final (TIF) para la Licenciatura en Psicología” . (2019)
- Apertura, Sociedad Psicoanalítica. “Programa de investigación en psicoanálisis” (2015)
- Barroso, A. “Sobre la Concepción de Sujeto en Freud y Lacán”. Alternativas en Psicología. Revista Semestral. Tercera Época. Año XVI. Número 27. Agosto-Septiembre, 2012.
- Feijó, F. (2019) “*La estructura del inconsciente: diferencias y similitudes entre Freud y Lacan*”. Universidad de la República, Uruguay.
- Eidelsztein, A. (Sin fecha). “Otro Lacan, mitos y lecturas”, seminario llevado a cabo en Apertura, Sociedad Psicoanalítica de Salta.
- Pinto Molina, M. “Introducción al análisis documental y sus niveles”. Boletín de la ANABAD (Federación Española de Asociaciones de Archiveros, Bibliotecarios, Arqueólogos, Museólogos y Documentalistas). Tomo 39. N° 2. 1989.
- Freud, Sigmund. *Obras completas*. Ed. Amorrortu, Argentina, 2007, 24 T.
- Freud, S. “Proyecto de Psicología” (1950 [1895]), T. I.
- Freud, S. “La interpretación de los sueños” (1900), T. IV-V.
- Freud, S. “Introducción del Narcisismo” (1914), T. XIV.
- Freud, S. “Más allá del principio del placer” (1920), T. XVIII.
- Freud, S. “Sobre el mecanismo psíquico de fenómenos histéricos” (1893), T. II.
- Freud, S. “El yo y el ello” (1923), T. XIX.
- Freud, S. “Introducción del Narcisismo” (1914).
- Freud, S. “Psicología de las masas y análisis del yo” (1921), T. XVIII.
- Freud, S. “Nuevas conferencias de introducción al Psicoanálisis” (1932-1936), T. XXII.
- Laplanche y Pontaliss. “Diccionario de Psicoanálisis” (1996). Buenos Aires. Amorrortu editores.
- Lacan, J. “El seminario, Libro 1: Los escritos técnicos de Freud” (1953-1954). Buenos Aires. Paidós.
- Lacan, J. “El seminario, Libro 2: El yo en la teoría de Freud y en la técnica psicoanalítica” (1954-1955). Buenos Aires. Paidós.